

BIBLIOGRAFIA

Los caramillos, por JUAN SOLANO LUIS. Buenos Aires, Colombo, 1963.
97 p.

Una sostenida entonación bucólica de personal acento, caracteriza a estas páginas con las que Juan Solano Luis retoma la trayectoria poética iniciada hace ya dos décadas en *Angelus y alondras*, libro que lo destacara meritoriamente dentro de la denominada *generación del 40*.

Los caramillos —obra laureada por la Comisión Nacional de Cultura y por la SADE en sus respectivos certámenes regionales—, quiebra un largo silencio, en cuyo transcurso se ha ido afinando la sensibilidad perceptiva del poeta y se ha ensanchado a la vez el panorama de sus motivaciones. Así, mediante una dinámica estructura formal que alternando variadas manifestaciones tradicionales pasa de la coplilla aforística a la solemnidad del verso alejandrino, muestra ahora Solano Luis en estas composiciones, la exuberancia vital del suelo mendocino. Alfalfares, viñedos, senderos arbolados, acequias rumorosas, pájaros, ríos, frutos, todo, desde la aspereza del guijarro hasta la beatitud de los animales domésticos, queda registrado con la minuciosa delectación de quien ha compartido largamente el paisaje y las costumbres de esta tierra.

De las andanzas del camino, donde se perfilan con trazo vigoroso las figuras

del mesonero, del párroco y del carpintero, nos lleva el autor a las faenas del campo para detenerse en la entereza moral de los labriegos que bajo el rayo del sol y las inclemencias del tiempo entregan al surco sus mejores afanes, encalleciendo en él sus manos honradas que sólo *Se dan paz a la hora del buen sueño en el lecho / y el día que las cruzan dormidas sobre el pecho* (p. 78).

Frente a esta recia dimensión humana, se yergue el poderío de las fuerzas naturales —lluvias, granizo, viento, heladas— que doblegando a menudío el esfuerzo de los labradores destruyen sus cosechas con ímpetu ciego. Pero no siempre el cielo desencadena su violencia contra las humildes esperanzas, muchas veces el aire se recoge en aromada calma y mientras se adormecen las fatigas diarias, *Quema la estufa trozos de leña campesina. / El humo azul, fragante, sahuma ya la casa / y un limpio olor a campo, a hierbas y a resina / nace del fulgor rojo que adorna cada brasa.* (p. 44). Entonces se alza gozosamente la voz del poeta y en una virgiliana descripción de las tareas rurales correspondientes a los distintos meses del año, va enumerando los múltiples aspectos de la vida al-

deana en ágiles estampas plenas de sabor lugareño.

Atento observador de matices y sensaciones, Juan Solano Luis logra transmitir de este modo con hábil artesanía

expresiva, una penetrante y colorida evocación del mundo casi eglogico que aún esconde su placidez en algunas villas del sur mendocino.

Néida Salvador

40 años de poesía argentina (1920-1960), por JOSÉ ISAACSON y CARLOS ENRIQUE URQUÍA. Buenos Aires, Aldaba, 1962-64. 3 vol.

Un amplio panorama de la poesía argentina contemporánea, registrado con minuciosidad y excelente criterio selectivo, nos ofrecen los tres tomos de esta antología que nace de la labor conjunta de José Isaacson y Carlos Enrique Urquía. En las palabras preliminares expone el primero de ellos los propósitos que han regido la realización de la obra y su concepto del fenómeno poético que considera desde una perspectiva netamente humanista.

Según su interpretación, la poesía sólo adquiere sentido en función del hombre y del mundo que lo rodea, vale decir, parafraseando a Ortega y Gasset, en función del yo y su circunstancia. Pretende así más que una actividad de orden estético o meramente expresivo, un *compromiso total con la vida* que hace de la tarea creadora, un verdadero quehacer existencial, una forma de *conocimiento emocional* del universo que intenta captar en su esencialidad todos los sucesos relacionados con el hombre.

Tomando como base de estas reflexiones las palabras de Novalis que definen la poesía como una *absoluta realidad*, añade Isaacson que el poeta no es un ser aislado del medio circundante, sino un testigo de su lugar y de su tiempo, situado en *la encrucijada de los acontecimientos, en el propio vértice de lo vital, luchando con los elementos cuyo impacto recibe* (p. 8, I).

De ese planteo inicial parten Isaacson y Urquía para encarar la organización de estos cuarenta años de poesía que comprenden una de las zonas más importantes de nuestra producción lírica, la que va desde las postrimerías del modernismo hasta las actuales manifestaciones poéticas.

En las acotaciones que preceden a cada uno de los tomos, informa Isaacson sobre el esquema general de la obra y la distribución de los distintos volúmenes, haciendo notar las limitaciones que han debido vencer en una empresa de tan vasto alcance. Como se aclara en el prefacio del primer tomo (1920-1930), el material poético se ha ordenado sustentando un criterio cronológico que procura reflejar las diversas escuelas o movimientos literarios de ese lapso sin excesivas precisiones generacionales. Los autores integran cada etapa de acuerdo con su fecha de nacimiento, y aunque algunos hayan continuado publicando posteriormente, sólo figuran en uno de los tomos, el que corresponde a su época más representativa, como ocurre con Capdevila, Marasso, Borges o Larreta.

Ese primer volumen que se abre con la discutida personalidad de Lugones, inevitable punto de arranque de *la poesía argentina de este siglo*, se cierra con María Alicia Domínguez en cuya obra de clara filiación modernista se destacan *algunas tendencias novedosas pretendidas por estéticas posteriores* que la ubican en el deslinde de esta etapa literaria. Al ocuparse de los grupos de *Boedo y Florida* establece Isaacson —basándose en el testimonio de sus propios integrantes— el valioso aporte de esta promoción que a pesar de su heterogeneidad consiguió liberar de trabas formales y de retoricismos a nuestro lenguaje poético.

Siguiendo el mismo ordenamiento cro-

nológico se agrupan en el segundo tomo (1930-1950), los principales representantes de la *generación del 40* y algunos sectores independientes encauzados hacia el surrealismo y el creacionismo. Como en el volumen inicial también nos encontramos aquí con ciertos nombres —Porchia, Berdiales, Krupkin y Benavento entre otros— que pese a su inadecuación generacional se incluyen en este período por razones de proximidad estilística. Por otra parte, tratándose de una época tan extensa y pródiga en publicaciones, este segundo tomo ha debido ceñir estrictamente su contenido para poder abarcar la variada gama de voces poéticas que surgen en esas dos décadas.

El tercer tomo se extiende de 1950 a 1960, etapa de difícil estructuración por la falta de distanciamiento objetivo para deslindar valores y tendencias que no han arribado todavía a una necesaria de-

cantación. Al analizar este período signado por una acuciante búsqueda existencial, cree advertir Isaacson un reflejo de humanista que sin ostentar proyecciones de escuela, acusa ciertos rasgos que centran sus preocupaciones en el destino del hombre de nuestros días. Esta promoción *neohumanista* que para hallar su autenticidad aspira a un total despojamiento retórico, *quiere escribir desde sí misma, olvidando conscientemente las formulaciones apriorísticas sugeridas por grupos ideológicos o esteticistas* (p. 13, III).

Tan detallado balance se completa con útiles referencias críticas y bibliográficas acerca de los escritores seleccionados, que acentúan el interés documental de esta compilación cuya prolongada trayectoria pone en evidencia la gradual madurez y la firme continuidad de nuestra poesía.

Néida Salvador

Crítica de la Razón Dialéctica, por JEAN PAUL SARTRE. Buenos Aires, Losada (Biblioteca Filosófica), 1963. 2 vols.

El conocido filósofo francés, destinatario en 1964 del Premio Nobel de Literatura, al que rechazó por razones de fidelidad ideológica, publicó en 1960 el primer volumen de su obra *Critique de la raison dialectique (Précédé de questions de méthode)*. La editorial Losada, al promediar el año 1963, dio a conocer la versión castellana dentro de su difundida colección de la Biblioteca Filosófica que fundara Francisco Romero.

Como siempre, entrar en una obra de Sartre es hacerlo en una obra de difícil captación. Por otra parte, en la medida en que ella se despliega dentro del cuadro de un marxismo y de una dialéctica radicalmente fiel a la doctrina de Marx, su valoración crítica implica, inevitablemente, la previa discusión o valoración de todas las bases teóricas en que se asienta. Nociones tales como *dialéctica, libertad, necesidad, alineación, verdad, temporalidad, historia* y tantas otras que

no hace al caso mencionar, pero hacen al contexto de la filosofía marxista, tienen que ser precisadas y aceptadas o no. De ahí que el intento de esta reseña no vaya más allá que el de ser una indicación —esperamos objetiva— de la temática de la obra, de su articulación y de su sentido fundamental.

En primer término apuntemos al porqué de la denominación de la obra que, de inmediato, nos trae reminiscencias kantianas. Recordemos que para Kant el saber, en su forma plena, estuvo constituido por el saber físico matemático, y su *Crítica* no fue sino la determinación de las condiciones que hacían posible tal saber y garantizaban su validez. Tales condiciones son propias de la *Razón pura* y precisamente son tales porque apriorísticamente posibilitan el objeto del conocimiento.

Para Sartre, el marxismo es el *saber*

de nuestro tiempo y su *Crítica*, análogicamente hablando, no consistirá sino en determinar su validez y sus límites. Sólo que no se trata ya de una *Crítica de la Razón Pura* sino de la *Razón dialéctica*, porque este saber que es el marxismo exige una razón dialéctica. Por lo tanto, la misma crítica ha de ser dialéctica.

En realidad —y siguiendo con las reminiscencias kantianas— se trata de responder a esta pregunta: ¿existen los medios —actualmente— para construir una antropología estructural e histórica? El autor entiende que sí y que justamente estos medios están ligados a la *Crítica* mencionada, la cual, por otra parte, deberá ser abonada por el existencialismo al que incumbe *engendrar dentro del marco del marxismo un verdadero conocimiento comprensivo que encontrará al hombre en el mundo social y lo seguirá en su praxis, o si se lo prefiere, en el proyecto que lo lanza hacia los posibles sociales a partir de una situación definida.*

La obra se articula en dos partes: I) De la praxis individual a lo práctico inerte; II) Del grupo a la historia. En la primera toma su punto de partida en la *praxis individual* como totalización para poner de manifiesto las series como tipos de conjunto humano y la alienación como relación mediada con el otro y con los objetos de trabajo, sobre el terreno serial y como modo serial de coexistencia. Advierte entonces que se da una equivalencia entre la praxis alienada y la inercia trabajada, denominando el autor a esto el dominio de lo *práctico-inerte*. Aquí tienen su encaje los

colectivos, cuya estructura analiza y cuya característica es representar en lo humano un modo social inorgánico que *utiliza su inercia para la práctica*. Dialécticamente vemos surgir contra lo práctico-inerte y su correlativo, la impotencia, el grupo como segundo tipo de conjunto. Toda la segunda parte está dedicada al complicado pero muy interesante análisis de esta dialéctica, acerca de la cual el autor aclara que no se trata de una dialéctica constituida sino constituyente, ya que el grupo *debe constituir su praxis común por la praxis individual de los agentes que la componen*. Por lo tanto, si la totalización debe existir (y Sartre jamás lo duda) será *menester encontrar la inteligibilidad de la Razón dialéctica constituida (inteligibilidad de las acciones comunes y de la praxis-proceso)* a partir de la *Razón dialéctica constituyente (praxis abstracta e individual del hombre en el trabajo)*. La totalización es una totalización en curso y continuamente orientada, cuyo movimiento dialéctico se cumple en el grupo. Por eso éste abre hacia la historia, que no es sino el nivel concreto de la totalización. Pero esto ya apunta, al finalizar la segunda parte, hacia el volumen que completará la obra.

Según lo anotamos al comienzo, no llevamos intento crítico. Ello no nos exime de declarar que para quienes estén interesados en el pensamiento contemporáneo —dimensión filosófica o social— de una manera viva, les será necesario abordar esta obra de J. P. Sartre, compartan o no su enfoque y sus fundamentos.

Rosa V. Andrilli

Pintores del Renacimiento, por ALEJANDRO DUMAS. Versión castellana por Edmundo Barthelemy. Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1964. 254 p.

El Renacimiento, una de las épocas de mayor esplendor del arte, aparece esbozado en la obra de Alejandro Dumas a través de las sucintas semblanzas de

Miguel Angel, Rafael, Tiziano, del Sarto, Bazzi, Bandinelli, Salaino, Ghirlandajo, Francia, Luini, Memmi, de Pontorno, Sogliani, Lippi, Botticelli, van Mie-

ris, Berlkheyde, Holbein, Gaddi, Pollaiuolo, Bega y el Primaticio. Si bien el gran novelista y dramaturgo francés nunca aventuró la verdadera crítica de arte, que presupone una actitud de investigación y de compromiso con el artista y su obra, estas semblanzas —las más, de simple corte anecdótico o biográfico— conservan cierto interés como páginas de informe o de divulgación.

Abogando esto último, pueden leerse en el libro semblanzas de Pollaiuolo, el Primaticio, van Mieris y el Sodoma o Mataccio, que sin ser definitivas o esenciales, ofrecen cierta frescura para el iniciado en la materia. Que otro no es el destino de esta obra de Alejandro Du-

mas: un escritor cuya diversidad de miras literarias y enorme fecundia (242 títulos atribuidos), menguaron en mucho la perdurabilidad de su discurso.

La edición que se comenta ha sido realizada en base a la edición Principe, publicada en París en 1846. Sin embargo, es de lamentar la falta de una corrección rigurosa, cuya carencia torna a esta obra, por momentos, en un libro de tránsito difícil y poco grato. Es de confiar que los directivos de esta editorial, que durante años han realizado una plausible labor, subsanen esta seria deficiencia en próximas reediciones.

J. M. Taverna Irigoyen

Nuevo y viejo libro de mis amigos, por GERMÁN BERDIALES. Con un retrato de Ramón Subirats, Buenos Aires. Edición Instituto Amigos del Libro Argentino, 1964. 184 p.

Hay cosas, costumbres, que el tiempo va haciendo perder, dejándolas inmersas en un ayer lejano. Una de las formas de la amistad, uno de los puentes cordiales entre los hombres de sensibilidad: el poema-ofertorio, es una de esas costumbres desgraciadamente agónicas. Costumbre que, en su simbólica formulación, puede ser muy bien una de las formas de la paloma blanca volando sobre los pechos de los hombres de buena voluntad.

Los que Marcial llamara *versos de circunstancia* fueron lugar común para Góngora, para Mallarmé cuando dibujaba estrofas en los huevos de Pascua o ponía en verso las direcciones de sus cartas o hacía poemas para ofrecer pañuelos de Año Nuevo; fueron versos de ocasión para Sor Juana, para Rubén Darío, para Alfonso Reyes, que reuniera en su libro *Cortesia* el va y viene de la cordialidad que se escribe con el pecho antes que con la tinta.

Germán Berdiales un argentino de mirada ancha y cielos limpios, acerca al lector la lírica cosecha de sus largos años de hombre ofrecido a sus amigos.

Nuevo y viejo libro de mis amigos llama él a esta segunda entrega de sus poemas con destino, aparecida diez años después de la primera. Largarse a las páginas de esta obra es, además de encontrarnos con rostros conocidos y queridos, algo así como llegar a una playa conciliatoria donde la paz escribe romances con letras de arena que el viento desdibuja. Y ese mismo viento —de amor, de amistad incontrovertible— es el encargado de largar al aire el sabor del canto.

Sonetos de música perfecta, coplas y poemas de sensible entonación, son materia para retratar, evocar y servir de envío, de cálido abrazo a sus amigos. Escritores, artistas, amigos, compañeros y los seres de la misma sangre, desfilan por la obra como a través de un nostálgico álbum familiar. Y a lo largo de dicho desfile, el intenso humanismo de Germán Berdiales da a sus retratados un significativo paso de danza, un esplendor aureolado, una immanencia que sólo se explican cuando lo íntimo del hombre se ofrece a una amistad sin ataduras.

Por ello (y por mucho más) este libro de Berdial es una obra que toca el plano del ejemplo hermoso. Una poética limpia, de primera agua, puesta al servicio de uno de los sentimientos que más enaltecen al hombre. Todo ello, hecho sin

estridencias, plácidamente, en una actitud casi recoleta que, en su cincelar, termina por dar la imagen total del poeta que es feliz brindándose.

J. M. Taverna Irigoyen

Tierra y cielo, por SARA BOLLO. Montevideo, 1964. 153 p.

Un acápito de Rubén Darío —una cuarteta de su Coloquio de los Centauros avisa al comienzo del libro de la intención poética de Sarah Bollo, cuya intensidad descriptiva suele estimarse junto a un vocabulario denso y no desprovisto de cristalina musicalidad. Ese encuentro con el mundo cósmico y terreno, esa adecuación a las normas de la vigilia y de la palabra estremecida, bien pueden objetivar sobre la honda comunicación de Sarah Bollo mediante su poemario presente.

Los varios capítulos en que la poeta ha dividido su libro señalan claramente la orientación espiritual y anímica de la autora. Nacimiento, Visitas a la luna, De la soledad, De los bosques, Sueños y llamados, Cumbres vegetales, Del silencio, Del mar y De la lluvia son indicadores de un itinerario que se resuelve dentro del orden mediático y de la condición memoriosa, siempre contenida por la valoración humana que hace a la observación.

Para expresarse, la poeta uruguaya tiene una medida simple y clásica. Atiende a la versificación del ritmo y a la asonancia, aunque logra buenos trabajos cuando alguna vez deja la rima

y asume el verso blanco. Esta manifestación técnica no destruye la esencia poética del mensaje, un tierno canto de admiración y de homenaje al mundo y al paisaje en que nos desarrollamos: *No estaba sola porque hablaba con el pino, / no estaba triste porque sabía una canción, / no estaba amarga porque presentía los nidos, / no me afanaba porque llegaba ya hasta Dios.*

Desde luego, acaso una mayor especulación expresiva, un ajuste del vocabulario en búsqueda de su densidad lírica, aporte a la obra de Sarah Bollo los mínimos elementos que la hagan realmente trascendente dentro de la órbita de la poesía de su país y en ese orden queremos señalar como ejemplo de versión elástica, proceso de síntesis y contención discursiva el inicio de su poema *Saludo al Pequeño Sapo Verde*: *Pequeño sapo verde / que recorre el prado con sigilo. / Tus ojos recelosos y glotonos / procuran una víctima. Vigilo, / tu paso cauteloso / que se desliza bajo el tallo alto / con entreabierto boca, las patas replegadas para el salto.*

Luis Ricardo Furlán

Los meses, por SAÚL IBARGOYEN ISLAS. Montevideo, Aquí Poesía, 1964. 46 p.

Una de las voces más jóvenes y exactas de la actual poesía uruguaya es, sin duda alguna, la de Saúl Ibarгойen Islas. Sus libros revelan siempre calidad y hondura, continuidad y penetración humana y destacan, consiguientemente, esa donación lírica que acredita

consciente y enaltecido como en una auténtica faena de vocación y canto. Por ello, la obra reciente debe ser considerada en dos tiempos que son, a la vez, las partes en que el autor la ha dividido.

En la primera —*Los meses*—, el poeta se ha dejado llevar por un juego

de composición fácil y sin mayores exigencias, lo que debilita la tesitura de los poemas. Bastaría esta calendapoésia: *La sangre se aproxima / a su densidad oscura / se inclina ante el sol / sabemos que algo empieza* (enero); *La luz llega / con desiertos adheridos / a su piel vibrante* (febrero); *Un día de interés / con festejos en familia / y un sabor dulzón / transferido / a un mayor parentesco con el mundo* (marzo); ella señala, elocuente, cómo el poeta ha ido al giro del hallazgo antes que la morosidad del verbo lo exaltara plenamente. Contingente, al cabo, si no desechable por lo menos advertible.

En cambio, en la otra parte —*Los elementos*—, retoma su voz auténtica y

la desarrolla plenamente, con fluidez y posesiva imagen. A nuestro entender, *La sal* es una de las más claras y hermosas páginas que contiene el libro y a ella nos remitimos para ejemplificar nuestra opinión y un estilo adecuado. Dice Ibarгойen Islas: *Cuál es tu fórmula / en números y esencia / qué peces transparentes / te conducen / en qué momento saliste de la piedra / desde cuando fuiste / la moneda extraída del mar / y derramada / en los huesos de los grandes / héroes olvidados*. Esta elocución expresiva es la que mueve el sentido mágico del poeta uruguayo. Y en ella ha encontrado, y seguirá hallándolo, el parte de su testimonio.

Luis Ricardo Furlán

La feria nocturna, por RENÉ PALACIOS MORE. Buenos Aires, Editorial Perrot, Colección Nuevo Mundo, 1964. 113 p.

No caben dudas de que con René Palacios More, y su poemario, actualizamos la problemática del hombre en el mundo, del poeta en el caos, del ser integrándose en el universo como elemento de oscilación pendular. En este caso, Palacios More ejercita una suerte de anotación cotidiana, de libro de ruta que aspira a trascender mediante la idea y la imagen, dos valores que en *La feria nocturna* se adunan dócilmente. Frente a la perplejidad de la constancia, el símbolo de la palabra es una manifestación de pudor, algo que arriba desde contados tiempos para disolverse entre la multitud y el fragor. La sangre, en alguna forma, es el barómetro que indica las condiciones del clima.

Acomodado a ese sentimiento expresivo del versículo, los pequeños poemas de Palacios More revelan cuánta disordinancia puede haber entre el hombre ciudadano y su propia geografía de cemento. Entre las calles y los edificios el poeta empareda su canto, lo accede a los humildes contornos de la realidad para que queden pegados a sus paredes como tantos otros papeles publicitarios. Pero no ha de entenderse que halla aquí ver-

sión común o anecdótica; por el contrario, todo está de manifiesto con su poder generador e imaginativo. Es la voz del poeta la que da límite a la sustancia viva.

Dolor y angustia, grito y soledad pueden ser los cardinales cuyo centro resulta de *La feria nocturna*, algo así como el asombro de la noche, la desnudez de los acentos y de los rostros. Pero la economía verbal de Palacios More hace a veces ostensible la indenominación total de los estados y los objetos, allí donde los seres acreditan su calidad y su macerado estilo.

No obstante, *La feria nocturna* es libro de hoy sobre el que opinamos y que será realmente juzgado en otro tiempo y generación. Este trámite hacia el porvenir no es evasivo sino que procura desentrañar una constancia y, a igual término, las disenciones o colindancias que un tono colectivizado va tornando áspera y embrozada la poesía universal, sin que ello postule juicio sobre Palacios More que, en suma, tiene concreción poética y laceración humana.

Luis Ricardo Furlán

Momentos del pensamiento griego y cristiano, por RODOLFO MONDOLFO.
Buenos Aires, Editorial Paidós, 1964. 191 p.

El profesor Rodolfo Mondolfo reúne en este volumen una serie de ensayos y conferencias, bien agrupados en tres secciones: una que contiene diversas cuestiones relativas a la teoría del conocimiento, otra que incluye dos trabajos sobre problemas históricos del mundo griego y otra, en fin, que comprende dos estudios agustinianos.

Veritas filia temporis en Aristóteles se titula el primer ensayo, en el cual el autor, siguiendo la línea interpretativa iniciada en sus grandes y notables volúmenes *El infinito en el pensamiento de la antigüedad clásica* y *La comprensión del sujeto humano en la antigüedad clásica*, reivindica el historicismo del Estagirita, historicismo no refiido ciertamente con su realismo gnoscológico, puesto que no supone un progreso sino en el sujeto, y limitado además (como el del mismo Hegel) por las pretensiones dogmáticas que le hacen considerar su sistema como una verdad definitiva.

Rectificando parcialmente un trabajo de G. Gentile que, al señalar los precedentes historicistas de la obra de Giordano Bruno, sólo cita los *Problemata marina* de Cassmann, muestra Mondolfo luego, en otro ensayo titulado *Veritas filia temporis* en Santo Tomás, cómo en el Aquinate se prolonga el historicismo del Estagirita y cómo a ambos puede referirse en este punto el pensamiento de Bruno. Salva así una omisión de autores como M. Grabmann (*La filosofía de la cultura de S. Tomás de Aquino*) que, habiendo buscado una filosofía de la cultura en Santo Tomás, no advirtieron en él este importante elemento.

En *Técnica y ciencia en la Grecia antigua* renueva también Mondolfo uno de sus temas predilectos (Cfr. *La comprensión del sujeto humano* etc.): el de la existencia de una valoración positiva del trabajo en el mundo clásico (junto a la más conocida actitud de menosprecio) y la unidad de técnica y ciencia en el

pensamiento antiguo. *Una anticipación de Vico en Filón de Alejandría* se refiere a la idea del *verum, ipsum factum*, característica del autor del *De antiquissima Italorum sapientia* y de la filosofía moderna en general, que Mondolfo rastrea en un pasaje del *Quod Deus sit immutabilis* del antiguo filósofo hebreo, para el cual Dios es omnisciente porque todo lo ha engendrado. También aquí, prosiguiendo una larga pauta interpretativa, el autor trata de mostrar la continuidad del pensamiento clásico y moderno.

Ya en el terreno propio de la Historia de las ciencias, el siguiente ensayo discute *La primera afirmación de la esfericidad de la tierra*, tema antes parcialmente tratado en algunas notas de la traducción italiana de *Die Philosophie der Griechen* de Zeller y en otros ensayos. Según Mondolfo entre los pitagóricos del siglo V surge la representación esférica de la tierra (reflejada ya en Parménides), por oposición a la representación plana de la misma originada entre los primeros iónicos. De esta manera impugna no sólo la tesis que atribuyen la idea de la esfericidad a Anaximandre (Schiaparelli, Enriques) o al *Peri hebdómádon* (Boll, Miel) sino también (y sobre todo) la de quienes hacen descender dicha imagen a la época de Platón o a Platón mismo (Frank, Heidel).

En una extensa reseña del libro de Max Pohlenz (*Der hellenische Mensch*, Göttingen, 1947, trad. ital. Firenze 1962) señala luego sus coincidencias y también sus discrepancias con la imagen del hombre griego presentada por el heñista alemán. Estas últimas, que se apoyan en los resultados alcanzados por el mismo Mondolfo en sus investigaciones sobre historia del pensamiento y de la cultura antiguos, tienden en general a poner de relieve la complejidad y poliedricidad del mundo griego y a superar la imagen tradicional de la Hélade, es-

pecialmente en sus limitaciones que la oponen a la Epoca Moderna. Así señala Mondolfo que *la ausencia del concepto de creación y la negación del arbitrio divino como autor de la distinción del bien y del mal, no impiden a los griegos tener conciencia del pecado, como cree Pohlenz*. Se opone luego a la tesis del mismo que trata de subordinar el pesimismo a una concepción fundamentalmente optimista del mundo y de la vida entre los griegos; niega que *la claridad del aire y la plenitud de la luz de su ambiente natural...* sólo le permita (al hombre griego) la comprensión del límite y no la del infinito, que para él sería negatividad; hace notar que *además del valor económico y moral del trabajo, el recuerdo de Homero, que llama sabio al carpintero, hubiera podido llevar a señalar también el valor cognoscitivo reconocido al trabajo por autores griegos*; opina que en cuanto a la condición de la mujer es necesario considerar la nueva perspectiva aportada por los estudios de Kitto, etc.

En otro ensayo trata de *La teoría del sentido interior en San Agustín y sus antecedentes griegos*. La idea de un *sentido interior*, distinto de los cinco sentidos externos, no es nueva, como parece creer De Ruggiero. Tiene un antecedente en Plotino, el cual la toma, a su vez, como Bréhier señala, de Alejandro de Afrodisia. Mondolfo va más atrás y, partiendo del hecho de que este último es un comentarista de Aristóteles, busca y encuentra en la obra del Estagirita diversos textos en que aparece una teoría del sentido interior.

Hubiera sido conveniente, sin embargo, aclarar aquí que en Aristóteles, junto al sentido común (*κοινή αίσθησις*) que corresponde al sentido interior de San Agustín y cumple la triple función de 1) percibir los sensibles comunes, 2) discernir y coordinar las percepciones de los diversos sentidos exteriores (blanco y dulce, duro y amargo etc.) y 3) proporcionar una autoconciencia al sujeto de las percepciones sensoriales, se encuentran, como otros tantos sentidos interiores la imaginación (*φαντασία*)

y la memoria (*μνήμη*), distinta, por cierto, del recuerdo (*ἀνάμνησις*), que supone ya la intelección y el acto voluntario. Comparando esta teoría aristotélica con la de Santo Tomás (*Summa Theologica* I q 78 a 4, etc.) que la sigue explícitamente, se hubiera podido delimitar mejor el alcance de la influencia de Aristóteles en la teoría agustiniana del sentido interior.

En un último trabajo, que corresponde al texto de una conferencia pronunciada en la Universidad de Montevideo, discute *El problema del mal en San Agustín y el agustinismo*, mostrando las diversas contradicciones que la doctrina agustiniana implica, y el desarrollo de dichas contradicciones en la historia del pensamiento cristiano posterior.

A pesar de la seguridad del método y el buen conocimiento de las fuentes, hay en el trabajo algunos puntos que nos parecen discutibles. Pongamos ejemplos. Se puede aceptar muy bien que el mal sea el principal problema de la filosofía de San Agustín, pero resulta mucho más difícil admitir que lo sea también en toda la Patrística. Nadie duda de la influencia de San Agustín en Escoto Eriúgena, pero los motivos centrales y el punto de partida del filosofar los encuentra éste ciertamente en fuentes más cercanas a Plotino y al pensamiento griego, y su actitud puede, en muchos aspectos, contraponerse a la de San Agustín, en cuanto representa dentro de la filosofía cristiana una línea del neoplatonismo mucho más independiente y mucho más libre de compromisos dogmáticos. Por eso su posición respecto al problema del mal y su doctrina de la palingenesis no pueden considerarse, sin más, como desenvolvimiento lógico-histórico del agustinismo.

Esta nueva obra del profesor Mondolfo no por carecer de estricta unidad temática deja de ser un libro logrado. Con su conocida erudición y agudeza de juicio ilustra el autor anteriores puntos de vista y criterios de interpretación histórica, aplicándolos a cuestiones del pensamiento griego y cristiano, a veces parcialmente tratadas por él en otros

trabajos, a veces completamente nuevas.

Dentro de la vasta bibliografía del autor, cuya temática va desde Tales hasta Nietzsche y desde Anaximandro hasta Gramsci, cubriendo todas las épocas y casi todas las corrientes del pensamiento antiguo y moderno, la filosofía patrística

ca y escolástica no tiene casi lugar alguno. Llamen, pues, la atención en este volumen los ensayos dedicados a San Agustín y a Santo Tomás, en quienes culminan respectivamente Patrística y Escolástica.

Angel J. Cappelletti

Raza y racismo: mito y agresión, por CARLOS E. PRÉLAT. Paraná, U.N.L. Facultad de Ciencias de la Educación (Cuadernos de Difusión 7), 1955. 53 p.

El problema del racismo, que algunos ingenuamente creyeron superado al concluir la segunda guerra mundial con la derrota de la Alemania nazi, se replantea en nuestros días con modalidades diferentes, con manifestaciones más o menos claras, con mayor o menor violencia en muchas regiones del planeta. Y aunque hoy son muy pocos los que se atreven a defender abiertamente el mito de la superioridad aria o a justificar las hecatombes de Hitler (excepto quizás algún sacerdote argentino, particularmente penetrado por el espíritu del Evangelio), fácil es detectar actitudes racistas aún en individuos y en grupos humanos que a primera vista parecerían más allá de toda sospecha.

Ejemplos demasiado obvios del racismo actual como para insistir en ellos son el *apartheid* sudafricano y la lucha antintegracionista en los Estados Unidos de América.

No puede extrañarnos el racismo de los colonialistas europeos en África, en Asia o en América ni resultarnos recónditos los presupuestos racistas del imperialismo. Que en la Argentina una parte de la clase dirigente reaccione ciegamente, a través de bandas de jóvenes delincuentes, atacando sinagogas y escuelas judías, es cosa que puede comprenderse muy bien.

Lo lamentable y asombroso es que el racismo se insinúe hoy también en ciertos movimientos de izquierda bajo los disfraces más increíbles y sea por otros tolerado *tácticamente* con absurdo oportu-

nisimo. Por otra parte, el racismo es mal contagioso y quienes han sido sus víctimas deben mantener una constante vigilancia sobre sí mismos si no quieren que su antirracismo se convierta en un racismo al revés.

El presente ensayo de Carlos E. Prélat, profesor de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral, Premio Nacional de Ciencias, a quien los estudiosos argentinos conocen principalmente por sus obras sobre química pura y aplicada, constituye un oportuno y lúcido aporte a la cuestión del racismo.

La claridad didáctica, que revela sin duda en el autor un largo y consciente ejercicio en la docencia, se une aquí al rigor científico, que nos descubre a su vez al investigador y al hombre formado en la disciplina del método experimental.

El enunciado y análisis de los postulados racistas sobre todo se presenta articulado y concebido casi bajo la forma de un problema físico o químico.

Esto no impide naturalmente que el autor, conciente de la complejidad del problema, recurra aquí no sólo a la biología y la antropología física sino también a la sociología, a la psicología social, a la lingüística y a la historia.

Con gran acierto y oportunidad distingue las diversas formas típicas del racismo, que distribuye en una escala, desde el punto máximo correspondiente al racista virulento hasta el menos ce-ro, que incluye al antirracista, esto es,

al que positivamente se pronuncia contra toda discriminación racial y lucha contra ella, pasando por el punto cero, donde se sitúa el *arracista* o indiferente. Al contestar a la pregunta sobre las causas del racismo, señala ante todo las diversas clases de prejuicio, tal como las estudia la psicología social y, pensando más en lo hondo, se refiere también a los factores irracionales e inconcientes que dan lugar al *mito del chivo emisario*.

También nos parece útil el esfuerzo por enumerar las confusiones, por cierto nada infrecuentes aun en personas cultas, entre raza, nación, lengua, religión etc., conceptos no sólo distintos sino también heterogéneos.

En lo que no podemos estar de acuerdo con el autor es en su caracterización de los entes metafísicos, entre los cuales incluye, por ejemplo, la *mala suerte*. La metafísica, como teoría de la realidad total o de la realidad en sí, ya se la reconozca como ciencia o super

ciencia, ya se la excluya del dominio científico, es un quehacer connatural e inevitable del hombre. Hay una metafísica monista y otra pluralista, una materialista y otra idealista, pero no hay ni filosofía ni ciencia ni moral ni política sin metafísica. Y la peor metafísica es, como muy bien decía Don Alejandro Korn, la metafísica inconciente, la que se ignora a sí misma, la que existe sin saberlo (como, verbigratia, la del positivismo).

El presente ensayo honra a nuestra Universidad, que cuenta entre sus científicos a hombres de vasta cultura humanística y de activa militancia humana como el profesor Prélat. Este prosigue así el camino de otros ilustres científicos, que fueron miembros de los mismos claustros y consagraron también especiales trabajos al problema del racismo: Georg. F. Nicolai y S. M. Neuschlosz.

Angel J. Cappelletti

Sociología del materialismo, por LEONCIO BASBAUM. Buenos Aires. Amecalee, 1964. 398 p.

Lo primero que de este libro cabe decir es que el título no responde realmente al contenido. Cuando uno lee *Sociología del materialismo* puede esperar un estudio de sociología del conocimiento, pero aquí no sucede nada de eso. A menos que se entienda por tal la afirmación, muchas veces repetida, de que en cada época hay una filosofía de la clase que surge y otra de la clase que decae.

Al identificar la primera de un modo general con el materialismo y la segunda con el idealismo el autor incurre inevitablemente, por espíritu de sistema, en una serie de burdos errores históricos. Pase que Tales, Anaximandro y Anaxímenes sean considerados *materialistas*, pero afirmar que Roger Bacon es el *padre del materialismo* y que *materialistas* son Duns Escoto y Guillermo de

Ockham, no menos que Galileo, Bruno, Francis Bacon, Locke, Hume, Spinoza etc., es sobrepasar todos los límites y confundir groseramente todos los términos, lo cual resulta imperdonable a pesar de las disculpas que el autor intenta hacia el final de la obra.

Por otra parte, no todos los errores históricos podemos atribuirlos al espíritu de sistema. Así, al hablar de la Edad Media anterior al siglo XIII, dice: *Las ciudades, centros de vida, de agitación, de cultura, habían prácticamente desaparecido. Sólo el clero, principalmente en los claustros, y en particular los franciscanos y dominicos, estudiaban a Aristóteles, Ptolomeo, Plotino, Orígenes, San Agustín, San Anselmo* (p. 110). Pero los franciscanos y dominicos, antes del siglo XIII, en la época en que las ciudades habían desaparecido, muy poco podían es-

tudiar, pues recién a comienzos de ese siglo fueron fundados y empezaron a existir.

Véase, por ejemplo, cómo explica la célebre cuestión de los universales, principal problema de la lógica y la gnosología medieval: *Dos principales corrientes se enfrentan: de un lado, la que trata de orientar a la ciencia por un camino independiente; del otro, la que intenta orientarla en el sentido de fortificar la religión y la fe. En el primer caso se aspira a fundar una filosofía más o menos independiente de los dogmas de la Iglesia, aunque basada casi exclusivamente en las obras de los filósofos árabes peripatéticos y en las de Aristóteles; y en el segundo el lema era hacer de la filosofía una sierva de la fe. Esta es la base de la célebre y tan debatida cuestión de los universales* (p. 128). En qué sentido, cómo y por qué esa supuesta dualidad de corrientes filosóficas en el siglo XIII podía ser la base del problema de los universales es cosa que difícilmente podría explicar nadie.

No es preciso comentar la definición del humanismo como una forma materialista antiescolástica de la literatura (p. 143). Decir que la doctrina de Ber-

keley es solipsismo y que para ella sólo existe en el mundo la conciencia del sujeto pensante (p. 155), equivale a ignorar que el obispo irlandés no sólo admite la existencia de una pluralidad de conciencias y de almas sino también y por encima de todo la existencia de una Conciencia infinita que es Dios.

Decir que Fichte y Schelling son figuras insignificantes (p. 171) en relación con Leibnitz, Kant y Hegel es, por lo menos, un juicio osado, que el autor no cuida de justificar en modo alguno. Decir que Leibnitz pudo desarrollar una doctrina semimaterialista (p. 171), es francamente un disparate. Y resulta inútil seguir, aunque el material sobre. Sólo añadiremos que en una obra que se mueve constantemente en torno al concepto de materialismo no hay siquiera un intento de explicar qué cosa es la materia.

En resumen, una sociología que no es sociología; una exposición histórico-filosófica simplista y deficiente, sembrada de errores o juicios enteramente discutibles; una defensa del materialismo que no llega a decirnos qué es la materia.

Angel J. Cappelletti

Tratado de Derecho Procesal Penal, (tomos IIº y IIIº, "Sujetos procesales penales" y "Colaboradores del proceso"), por JORGE A. CLARIÁ OLMEDO. Buenos Aires, EDIAR S. A., 1962 y 1963. 574 y 535 p.

El profesor Clariá Olmedo distribuye el contenido de su Tratado, tal como lo anunciara en el primer tomo del mismo, en tres partes: principios generales, sujetos y actos, no obstante recalcar que la división sujeto-acto responde a razones pedagógicas, toda vez que, lógicamente, es imposible escindir ambos conceptos.

En el segundo volumen de esta magnífica obra, el autor clasifica a los sujetos procesales en *esenciales* y *eventuales*. El tercer tomo está dedicado a todos aque-

llos que de una u otra manera son intervinientes en el proceso.

Destaca el autor que la noción de sujeto procesal penal parte de la teoría de la *relación jurídica*, aunque puede tener vida aún sin ella. De acuerdo con esto, los sujetos procesales penales *sustanciales* son los que integran el imprescindible triángulo procesal. Se dedica seguidamente a desentrañar el concepto de *parte* en el proceso penal, exponiendo las teorías de Schmidt y V. Beling, para concluir rechazando un concepto sus-

tancial de parte y aceptando un sentido meramente formal.

De inmediato comienza el desfile de los sujetos esenciales que pisan el escenario procesal. En primer término, el autor se refiere al Tribunal, y excluye, con toda energía y razón a las comisiones especiales y a los tribunales militares y administrativos, del concepto de juez penal, en contra de lo resuelto en varias oportunidades por la Corte Suprema Nacional.

Con amplitud de razonamientos y ahorrando citas ya gastadas, desarrolla magníficamente el tema del juicio por jurados y del tribunal técnico, adhiriéndose decididamente al segundo.

Extensamente trata luego de la organización de los tribunales en la República Argentina, abordando con decisión el problema de la unidad de fueros en la Capital Federal, y rechazando, por su notoria inconstitucionalidad, a los tribunales municipales y de policía en su actual organización (1).

Con la autoridad que le conocemos al autor, desarrolla la competencia penal en nuestro país, criticando la indebida extensión del fuero Federal y la fórmula del Proyecto Soler en cuanto a los delitos proyectables en el espacio.

Después de proporcionar una noción genérica del *acusador*, el autor trata del Ministerio Fiscal, deteniéndose en la situación institucional del mismo y concluyendo en considerar a sus miembros como funcionarios judiciales aunque no con funciones jurisdiccionales. Recalca la necesidad de que el Ministerio Fiscal actúe en todos los casos, aunque el juez sea instado por la policía, o el particular ofendido, o bien, dada la atribución inquisitiva reconocida en nuestro medio, actúe de oficio.

Pasando a considerar al *querellante*, el autor critica la institución del querellante o acusador privado subsidiario, reconocida por el Código austríaco. Después de reseñar los argumentos en pro y en contra del querellante conjunto, se decide por su admisión, aunque con ciertas limitaciones. En lo que respecta a la teoría que sostiene la supresión del que-

rellante conjunto en virtud de lo establecido por el Código Penal, afirma el autor que no sería posible quitarle la titularidad del poder de instar, pues ella se rige por *normas realizadoras sustanciales*, pero sí pueden los códigos procesales, establecer el medio por el que se realiza esa instancia, pudiendo suprimir al querellante y dejar subsistente sólo al denunciante.

Con referencia a *otros acusadores*, no manifiesta simpatía por el sistema del acusador *profesional* ni tampoco por el *popular*, aunque considera conveniente a este último en casos como el de los delitos electorales.

Se refiere luego al tercer vértice del triángulo procesal, denominándole *imputado*, pero aclarando que nada tiene que ver este concepto con la capacidad de ser sujeto del juicio de reproche, o sea, con *imputable*, sino que corresponde a la hipótesis *imputativa contenida en un acto de procedimiento* que consiste en colocar al sujeto frente a la jurisdicción.

El autor niega terminantemente la calidad de imputado a las personas jurídicas. En cuanto a los menores de 16 años, aquí con sentido de derecho sustancial, expresa que son *inimputables*, siendo ésta una presunción *juris et de jure* (2).

¹ Con referencia a los Tribunales de Policía en la Capital, puede verse una interesante opinión en contrario, que hace tabla rasa con principios constitucionales y llega a hablar de *juces letrados dentro del ámbito de la policía Federal*, en L. L. del 30-1-64, p. 3.

² En el mismo sentido se expresa Vélez Mariconde. Por nuestra parte dudamos de que se trate de una presunción, entendiendo que es una ficción jurídica. Es indudable que un individuo de quince años comprende la criminalidad del acto y puede dirigir sus acciones. No obstante, la ley no lo considera así y no permite tampoco ninguna investigación al respecto, a diferencia del derecho inglés (F. T. Giles: *Children and the law*, Edinburgh, 1959).

El autor, al referirse aquí a la personalidad del imputado, omite consignar el *interrogatorio explorativo*, como lo denominara Finzi, (3) y la especial formación criminológica requerida en el magistrado para la aplicación del art. 41 del Código Penal.

Se cierra el tomo segundo de esta obra con la consideración de las *partes civiles*, a las que el autor ubica como *sujetos eventuales*, reiterando su concepción privatista del ejercicio de la acción civil en sede penal.

En el *tercer tomo de la obra*, se ocupa el autor de los *Colaboradores en el proceso*, comprendiendo a los del Tribunal y del Ministerio fiscal, a los de los sujetos privados, a los colaboradores en la adquisición de la prueba y a otros intervinientes.

Entre los primeros ubica al denunciante, a la policía judicial, al Secretario Judicial, a los funcionarios y empleados inferiores, a los colaboradores en la fuerza pública, al carcelero, al delegado de libertad vigilada, al fiador del excarcelado, al depositario y al administrador judicial. En el segundo rubro trata de los siguientes sujetos: defensor del imputado, representantes legales, mandatarios y patrocinantes. Como colaboradores en la adquisición de la prueba desfilan: el testigo, el perito, el intérprete, el traductor, el informante,

el interviniente en el reconocimiento y el acompañante. En el último de los capítulos se considera al público, testigos de actuación, diarios, correos, telecomunicaciones, juez de paz, firmantes a ruego, juez delegado, diversas personas autorizadas para intervenir en las diligencias, juez comisionado y, por último, terceros intervinientes.

Es sumamente difícil hacer alguna consideración particular, por somera que sea, sobre este extenso temario, en los reducidos límites de un comentario. Sólo podemos insistir en lo que advertimos al comentar el primer tomo de esta obra, y recalcar que la Universidad de Córdoba, desde donde se echó la simiente para la gran reforma procesal penal en nuestro país, nos proporciona ahora, por la pluma de otro de sus catedráticos, una obra doctrinaria notable y única en nuestro medio. Acaba de llegar a nuestras manos el tomo cuarto de la misma, que esperamos comentar en el próximo número de esta Revista, deseando la posibilidad de hacerlo simultáneamente con el quinto, que sabemos próximo a aparecer.

* MARCELO FINZI: *El interrogatorio explorativo*, Ed. Depalma, Buenos Aires, 1951.

E. Raúl Zaffaroni

Psicoanálisis del magnicidio, por ALFONSO QUIROZ CUARÓN y SAMUEL MAYNEZ PUENTE. México, Editorial Jurídica Mexicana, 1965. 345 p.

La psicología del delincuente político-social es tema que de antiguo se viene discutiendo, y, dentro de éste, es la del magnicidio la que más ha dado que hablar en círculos especializados como fuera de ellos, y también a menudo, a nivel popular: cuando un magnicidio conmueve a la opinión pública de tal o cual país.

Torrentes de tinta ha insumido el tema, pero lo cierto es que permanece fresco.

Tarea ardua es la de pasar revista a la historia, puesto que el tipo de delincuente de que hablamos no está ceñido a determinantes espacio-temporales, sino que, por el contrario, las manchas rojas de su paso se pueden hallar en cualquier página de la historia de todos los pueblos. A esa tarea se han dedicado los autores de esta obra, mas no con afán puramente histórico o historiográfico, sino que a través de los múltiples episodios registrados han tratado de hallar lo que

de común hay en ellos, los parecidos, las diferencias y, sobre todo, la personalidad del magnicidio o bien, de los diversos tipos de magnicidas.

A manera de introducción surgen aquí Jesucristo, Sócrates y Julio César, para terminar desarrollando la teoría de don Gregorio Marañón sobre el *resentimiento*, ilustrada con una inhumana expresión de Robespierre: *Sentí, desde muy temprano, la penosa esclavitud del agradecimiento*. En algo parecido a lo que diría nuestro ilustre Ingenieros, es en lo que concluyen sus colegas mexicanos no menos ilustres: el resentido es un hombre mediocre, y el resentimiento es incurable.

Luego, comienza el rojo desfile de los magnicidas, inmejorablemente pintados, en una prosa sencilla pero profunda, rico en datos históricos sobre víctimas y victimarios. Los franciscanos que acompañaron a Cortés; Cuauhtemoc, el joven emperador que se enfrentó al desenfrenado conquistador; Tetelepanquetzin; todos ellos muertos por orden de Cortés. *Magnicidios sin conspiración*, como versa el capítulo, pero magnicidios al fin.

Don Miguel Hidalgo y Costilla, que dio el primer grito de libertad en la Nueva España; don Francisco I. Madero, el Presidente liberal que reemplaza al dictador Porfirio Díaz, y su Vicepresidente, José María Pino Suárez; don Venustiano Carranza, el Presidente que reafirma la Revolución Mexicana y arroja a los retornistas; los dos líderes rurales, distintos entre sí, pero igualmente discutidos: Emiliano Zapata y Francisco Villa; el Presidente Alvaro Obregón; todos ellos caídos en manos de asesinos movidos por pasiones políticas o religiosas. Hay dos magnicidas cuyo estudio no debe pasar desapercibido para nadie que se interese en el tema, y que están magníficamente pintados en este trabajo: José de León Toral y Ramón Mercader del Río Hernández, asesinos del Presidente Alvaro Obregón y de León Trotsky respectivamente. El capítulo se cierra con interesantes reflexiones sobre la muerte del Mahatma Gandhi.

En el capítulo IV, bajo el título *En*

la confusión sentimental de la neurosis o de la psicopatía, desfilan: Booth, el asesino de Abraham Lincoln; Luigi Lucheni, que mató a la Emperatriz Isabel de Austria; Paul Gorguloff, asesino del Presidente de Francia Paul Doumer; Felice Orsini, que, mediante una explosión con numerosas víctimas, quiso matar a Napoleón III; los rusos, con su cadena de zares que permanecían en el trono hasta su muerte violenta; Ravallac, que dio muerte a Enrique IV de Francia; y el asesino del Presidente James A. Garfield.

Este capítulo es quizá el más doloroso de todos. Casos de verdadera duda sobre la salud mental del sujeto activo y la mayoría concluyen prestamente en la ejecución, desde el descuartizamiento de Ravallac hasta la guillotina para Gorguloff, con referencia al cual, son sumamente ilustrativos los debates habidos durante el juicio y que en la obra se reproducen.

En el capítulo siguiente, los autores insisten en tres magnicidas, positivamente enfermos mentales: Ravallac, Caserio, asesino del Presidente Sadi Carnot, y Guiteau, asesino de Garfield, sobre cuya ejecución José Martí escribiera páginas escalofriantes.

El asesinato del Presidente Kennedy ocupa el último capítulo de la obra, que se cierra con reflexiones generales, a título de conclusiones, sobre el magnicidio. Un paralelismo entre las vidas de Oswald y Antonio E. de la Loma y Rojas —que en 1944 atentó contra la vida del Presidente de México— es establecido por los autores. Son dos neuróticos, aunque diferentes: de la Loma y Rojas buscó la muerte por ese camino, confusión de sentimientos con dirección masoquista; en cambio, Oswald, lo es en dirección agresiva. Antes de cerrar el capítulo, los autores se ocupan del delirio de reivindicación y de la posible prevención del magnicidio, aportando también algunas cifras sobre el delito en América, que indican un incremento del mismo en los últimos años, algo así como si por debajo de fin se pusiera: pero el resentimiento no tiene fin.

Por ello que el prologuista dice que hay una solución al problema, *pero tiene el valor de un sueño.*

Digamos, como conclusión, que el libro de los eminentes médicos mexicanos,

no es sólo un estudio sobre el magnicidio, sino un estudio sobre un aspecto de la infelicidad que puede echar luz sobre la senda de la felicidad humana.

E. Raúl Zaffaroni

El alma y el cuerpo de tu hijo, por FLANDERS DUNBAR. Buenos Aires, Editorial NOVA, 1964. 279 p.

En el plano psicológico nuestro siglo se ha caracterizado por el estudio del adolescente, buscando bases para su tratamiento pedagógico y sociológico. Se pasó así de una prolija observación de la infancia, al enfoque de la adolescencia, tratando a este período del vivir humano como un momento de definitiva importancia.

El libro de Flanders Dunbar que comentamos, retoma ese tema ya soslayado de la infancia, para advertir a los padres y abuelos de la próxima generación, las graves consecuencias de una conducción errada de los niños. Hay diferencia, no obstante, en la forma de estudiar el tema, pues no en vano la psicología profunda aportó nuevos métodos de observación y estudio.

El dramático llamado que Rousseau hiciera en el siglo XVIII respecto a la necesidad de un conocimiento cierto del niño, regresa ahora proyectado sobre un fondo Freudiano. Sobre esta base, a veces exagerada, Dunbar estructura su libro, recogiendo hechos y experiencias muy sagazmente elegidos. No falta tampoco el apoyo en el sentido poético, que tiene un alto valor como real experiencia humana sin necesidad de recurrir a la interpretación psicoanalítica. Es por esto que la orientación general del libro es pesimista. Parece que se tiene el propósito de repetir hasta atemorizar, las consecuencias de un proceder equivocado en el manejo de los niños.

Por contraste, nos recuerda un libro muy leído por los padres de comienzo de siglo: *Los niños mal educados*, de Nicolay. Sólo que éste no tenía pretensiones científicas y menos psicoanalistas,

pero era igualmente vivo e incisivo en su irónica y fina textura.

El autor explica que su libro *es una guía para la educación de los padres de hoy y de sus hijos*. Por ello la unidad del mismo se logra sobre un tema general: la relación padre-hijo durante los seis primeros años de vida. Estudia luego las seis formas primarias de manifestación vital en este período: sueño, comida, juego, obediencia e independencia. Ellas representan otros tantos momentos de crisis en el tramo señalado de 0-6 años.

En nueve capítulos responde Dunbar a otros tantos interrogantes: ¿cómo juega su hijo?; ¿cómo come su hijo?, etc.

Por estar dedicado a los padres, la lectura es fácil y se hace más interesante, porque no emplea términos técnicos ni en la postura del problema ni en las recomendaciones dadas.

Algunos cuadros de fuerte tono psicoanalista nos remite a un mundo de hombres y mujeres traumatizados. Felizmente la experiencia nos enfrenta a aquel otro, de hombres serenos, equilibrados, como para confirmar que también en la profundidad de lo psíquico yace una fuerte y beneficiosa posibilidad de olvido. Por otra parte no todas las psicosis tienen raíces sexuales. Tal vez sea esto lo único negativo del libro comentado. Hay en él muchos aciertos y una muy fina observación.

Pone el autor en juego un viejo recurso: contrarrestar toda desviación de conducta con una disciplina explicativa, racional que acaba con *los padres que juegan a Dios*. Esto es aplicable no sólo a la pareja padre—hijo, sino maestro—discípulo. Se muestra así la nece-

sidad de un acercamiento no sólo afectivo sino inteligente del padre y del maestro hacia el niño. Ambos deben observar una conducta de humildad, reconociendo que la posibilidad de error está también en ellos. En consecuencia hay suavidad en el trato y la comprensión de situaciones está asegurada.

Tal vez los padres pudieran hacer a Flanders una objeción: ¿cómo estar hoy en ese permanente cuidado del hijo? ¿Cómo hallar el tiempo necesario en un mundo donde ni a la hora del almuerzo o la cena se reúne la familia, por motivos tan justificados como el de trabajar?

Todos convenimos en la causa de muchos males en la educación de los hijos, mas ¿cómo remediarlos en la situación real en que vivimos?

Junto a ese *no jugar a Dios*, hay otro lema importante: *no pretender educar a los hijos en las normas recibidas de los padres*, es decir, acomodar la con-

ducta a las transformaciones positivas del mundo social en que se vive. Hay que habilitar a las nuevas generaciones para la comprensión de una cultura mucho más compleja y peligrosa que la que los padres vivieron.

Cada capítulo tiene un título atractivo y sigue un orden siempre idéntico en el desarrollo de los temas, que facilita mucho su comprensión.

Aquí y allí hay observaciones muy acertadas que harán meditar a más de un padre. Por ello una lectura precavida en algunos pasajes, permite olvidar lo exagerado, y leer con placer un libro bien escrito.

El índice muy prolijo de temas y una actualizada bibliografía, dan mayor valor a esta publicación de NOVA, cuyo éxito de lectura, se confirma por la reedición de muchas obras de su Biblioteca de Educación.

Angela G. de Reggiardo

Psicopatología de la sexualidad, por GIESE y GEBSATTEL. Madrid, Ediciones Morata, 1964. 579 p.

Esta extensa obra dirigida por los profesores Hans Giese y V. E. Gebattel, de los cuales el primero, es ya conocido entre nosotros, por existir en español otras obras suyas sobre el mismo tema, contó aquí con la colaboración de ocho distinguidos especialistas alemanes.

Libro de reciente publicación en su idioma original, fue traducido por el Dr. Alfredo Guerra Miralles, quien ha realizado un trabajo meritorio si se tiene en cuenta el vocabulario utilizado y la complejidad del tema especializado que trata la publicación que comentamos.

Libro enfocado bajo los aspectos médico, psicopatológico, psicológico, social y religioso, conserva a pesar de ser escrito por distintos especialistas, una unidad de criterio resultante de un buen trabajo en equipo.

Dividido en cuatro grandes capítulos

que son precedidos de un largo prólogo y una introducción en que los directores de la obra hacen una serie de reflexiones tendientes a determinar las razones que los llevaron a escribirla, formulan en ella un sentido general antropológico y bajo este concepto encaran la misma, justificándola con abundantes razones de tipo y dirección filosófica.

Hacen mucho hincapié en los obstáculos, *tabues* como los llama Giese, que bloquean el camino que hay que vencer toda vez que se escribe sobre psicopatología de la sexualidad.

Inicia el estudio del primer capítulo, Ferdinand Hermann, describiendo en una amplia y medulosa revisión con gran acopio de datos las tendencias de la sexualidad a través de las diversas culturas, disutiendo y analizando los conceptos de los grandes investigadores que escribieron sobre el tema especialmente

a Krafft - Ebing, cuya figura constituye el puntal de toda la obra.

Desde los planteamientos sobre la sexualidad encontrados en el antiguo testamento y otros libros religiosos primitivos, investiga la diferencia de cultura y las tendencias dominantes en los distintos pueblos primitivos y el papel que cada una de las diversas sociedades de la antigüedad han desempeñado en la iniciación sexual incluyendo el transvestismo mágico o religioso de ambos sexos resultantes de la existencia de una separación o vinculación como de la supremacía o dominación de un sexo sobre el otro para terminar diciendo que la mujer es un ser sexual en mayor medida que el hombre.

Finalizado este enfoque histórico el profesor Arnold encara la sexualidad desde el punto de vista de la teología y de la Iglesia Católica reconociendo que hay dos posibilidades de ordenar la sexualidad dentro del conjunto de la existencia humana, uno el matrimonio con el logro de una madurez sexual por parte del hombre y la mujer y la otra, que es fuera del matrimonio y representada por la continencia.

Bajo estas dos premisas gira toda su postulación para lo cual pasa en revista el pensamiento del catolicismo incluyendo también en él los diversos aspectos deparados por el divorcio.

A continuación A. Köbere expone el pensamiento de la Iglesia Evangélica con la convicción de que la sexualidad es un don creador grande y profundamente misterioso dado por Dios a los seres humanos, compartiendo hasta aquí las ideas católicas, pero Köbere insiste que es urgente intervenir en la valoración sana de la sexualidad si queremos evitar los rechazos y aversiones en la vida íntima y utilizando frases del nuevo testamento desarrolla los conceptos que la iglesia evangélica tiene sobre el matrimonio, las perversiones sexuales y el celibato.

En una tercera parte de este capítulo Jaeger y Bader tienen a su cargo hacer conocer el pensamiento jurídico penal que corresponde a las anomalías se-

xuales en todas sus variantes considerando desde dos puntos de vista, teórico sociológico y psicológico jurídico, haciendo una amplia exposición sobre el valor social principalmente a la difusión alcanzada por la psicología sexual y los conceptos de la norma y el comportamiento relacionándola al terminar con las teorías legislativas existentes, para finalmente expresar que los conceptos y alcances jurídicos en materia de psicosexualidad no son todo lo claro que sería de desear.

Giese, es el encargado de desarrollar el segundo capítulo que trata de los riesgos de la vida sexual, hablando en primer término de lo que se entiende por expresión de cuerpo sexuado, configuración del nosotros y la heterosexualidad, sólo partiendo del conocimiento de estos tres elementos se podrá diferenciar la caótica y polimorfa configuración del cuadro psicopatológico e insiste que estos tres aspectos no son independientes y que dependen unos de los otros.

Acepta que la sexualidad se manifiesta en el cuerpo y que las condiciones del sexo físico, permiten llegar al conocimiento del inventario de que dispone por término medio el individuo para desarrollar su vida sexual consciente, y para que se pueda interpretar a fondo su pensamiento con mucho de filosofía, inicia el estudio desde el nacimiento, buscando las relaciones del sexo físico, la regulación hormonal de las glándulas sexuales y el valor en todo ello del sistema nervioso central.

Con gran acopio de citas, pasa en revista la maduración física y psíquica que sufre el individuo en todos los períodos vitales de su existencia como también el valor del riesgo sexual que en imperiosa exigencia va a llegar a formar el *nosotros*.

Nos habla también del valor de la educación sexual desde el niño exponiendo para esta época la teoría de Freud aunque haciendo su crítica ya según él, el *Nosotros* se encuentra prefigurado en el mundo y en cada individuo dentro de su configuración vital, siendo este *nosotros* el que da el estado

de ánimo sexualizado espontáneo, modificado, aceptado o rechazado.

En plena madurez y con la elección sexual, aparece ésta como sexo propio y como sexo contrario, el primero viniendo con el individuo y al otro encontrándolo en el mundo.

También corresponde a Giese, el tercer capítulo iniciándolo con disquisiciones sobre lo anormal y lo morboso, basándose en la clasificación dada por Kinz: 1º posibilidades vitales (crecimiento, maduración, procreación, envejecimiento y muerte) 2º relaciones interhumanas (con el ambiente inmediato y con el resto de los humanos) 3º posibilidades ideales imaginadas (el ilimitado proyecto de posibilidades imaginables).

Pasa luego a hablar de la conducta perversa explicando en primer lugar la imagen exterior, dentro de la cual incluye la homosexualidad, (narcisismo, transvestismo, sodomía, fetichismo, neofilia, monumentofilia, fraterismo, exhibicionismo, etc.) diferenciando cada una de estas anomalías y el valor que alcanza en cada una de ellas el *partenaire*, en segundo lugar, se trata ya de una materialización creativa del otro sujeto o *partenaire*.

Incluye más adelante todas aquellas situaciones en las cuales la fantasía es la base de las actividades sexuales y en las cuales el sujeto reconoce que se trata de ficciones (seudolismo-pornografía, charlatanería sexual etc.).

Dedicar en este capítulo largos párrafos a las aberraciones sexuales orientándolo desde los impubes hasta los viejos (paedofilia y geronto filia).

Aquí nos habla de la importancia que adquiere el dolor dentro de la vida sexual y el papel especial que él representa como sadismo y masoquismo.

La última parte es una exhaustiva puesta al día del síndrome homo sexual y el de la masturbación, encarándolas desde el punto de vista psicológico en ambos sexos, dando gran valor a los estudios que sobre el tema realizara Kinsey y colaboradores.

La cuarta y última parte de esta obra, está dedicada al dictamen médico y a los distintos tratamientos ensayados para finalizar con la responsabilidad penal.

Braentigan inicia este capítulo mostrando su amplia versación ya que pasa en revista los distintos pensamientos de aquéllos que con más ahínco trataron el problema, haciendo su crítica y concluyendo que no hay una causa común somática a todas las perversiones, para lo cual previamente esboza un pensamiento antropológico del tema, no escapando la escuela psico-analítica; en fin, dice no es posible clasificar las desviaciones sexuales dentro de unidades patológicas bien definidas.

Rasch, de Hamburgo y Giese, tienen a su cargo la parte correspondiente a los modernos métodos de tratamiento, hablando de las razones que mueven al individuo a concurrir a la consulta médica, las aportaciones subjetivas de ellos con respecto a sus actuaciones anormales y al aislamiento social en que viven, para luego entrar de lleno en los diversos métodos orgánicos de tratamiento y Spiegelberg, se encarga de los métodos psicológicos, partiendo de la psicoterapia con los distintos métodos utilizados y cuándo deben ser utilizados, psicoanálisis ortodoxo y derivados, hipnosis, etc. el valor de cada uno de ellos, sólo y combinados con los tratamientos somáticos.

Cada capítulo y cada tema a más de ser tratado exhaustivamente, se acompañan de abundantes ejemplos demostrativos de lo expuesto en la obra.

Mucho es el material de valor que presenta este libro con un enfoque fundamentalmente amplio, con una bibliografía abundantísima y puesta al día y con un índice final bien estructurado.

En síntesis, es un tratado moderno, indispensable para todos aquellos que traten problemas afines a los estudiados, en este completo tratado de psicopatología de la sexualidad.

J. B. V.

Vino del diablo, por JUAN GUIJARRO. Buenos Aires, Editorial La Clé-
nica, 1964. 60 p.

El corazón de los lugares, por LUISA FUTONRANSKY. Buenos Aires, Edi-
torial Perrot, 1964. 67 p. (Colección Nuevo Mundo).

Juan Guijarro es un viejo conocido en el campo de la poesía argentina. En *Vino del diablo* nos ofrece sus coplas recordando el dicho de San Agustín: *La poesía es el vino del diablo*. Las estrofas surgen redondas, con su lenguaje claro y su sabor a cosa popular:

Mi nombre el viento lo sabe,
la coplería me nubla
de anónimo por las calles.

En vez de llorar mi pena
la voy rompiendo en canciones
como el mar, contra las piedras.

Las coplas están agrupadas en cuatro partes: Soledades, Nudo, Cuatro letras, Tercios. La primera está puesta bajo la advocación del Cancionero de Sabloma-
ra:

Ay, queridas soledades,
con bien vengáis a mi alma
que bien seréis acogidas
pues habéis sido llamadas.

La segunda lleva una recomendación de André Gide:

Donde basten tres líneas
no pondría una cuarta.

La tercera se ampara en una estrofa de Kabir:

Río Teuco, por JOSÉ DEL C. NIETO. Buenos Aires, Instituto Amigos del
Libro Argentino, 1964. 187 p.

Esta novela es un logrado intento de incorporar a la temática literaria de nuestro país una de sus regiones más olvidadas. Misiones tuvo a Horacio Quiroga, la zona chaqueña de orillas del

La flauta del infinito
es tocada sin cesar,
y su sonido es el amor.

La cuarta, por último, invoca a Antonio Machado:

Encerrar muchos tomos
de filosofía en los
tercios de una soledad.

Poeta de fibra, Guijarro sabe encen-
trar el acento que caracteriza a los que
cantan lo más hondo de su ser:

Lumbre dará cuando muera;
me quemarán, a lo árbol:
me iré dando luz de estrellas.

Luisa Futonransky pretende llegar al *corazón de los lugares*. Algunas de sus poesías han sido escritas en Potosí, otras en Sao Paulo. El trópico y el altiplano han inspirado, pues, a esta escritora con preocupaciones sociales que asoman en sus composiciones. Basta citar una sola estrofa para situarla entre los que viven preocupados por el porvenir de nuestro continente:

Gigante sin dientes,
América,
hasta cuándo?

Marta Elena Samatán

Paraná posee una pléyade de escritores que la cantan, la Patagonia ha merecido relatos de plumas vigorosas. En cambio, la enorme selva que extiende su maraña sobre el Chaco, Formosa y Sal-

ta permanecía silenciosa. Pocos, hasta ahora nos han hablado hondamente de sus ríos, de su flora, de su fauna, de sus hombres.

José del C. Nieto ha sabido hacer vivir su *tierra lejana y caliente* en las páginas de su libro. Puede reprochársele la estructura algo endeble de la construcción, pero esa debilidad queda ampliamente compensada por la anima-

ción que infunde al escenario donde se desarrollan los hechos. El autor nos trasplanta a esa selva y nos mete entre sus plantas, sus animales y sus hombres. Se respira el aire cálido y húmedo de las orillas del Teuco. Es una novela con intenso sabor a cosa nuestra.

Marta Elena Samatán

La valija (teatro), por MAURICIO ROSENCOF. Montevideo, Aquí, Poesía. (Serie: Testimonio), 1964. 48 p.

Los prólogos antes y las solapas ahora tienen por misión preparar al lector, predisponerlo favorablemente. Creemos que su misión debe ser informativa, objetiva. El elogio puede colocar al lector, así sea este verano y desconfiado, en un estado de ánimo proclive a esperar algo por encima de lo común. La pieza teatral en un acto de Rosencof lleva prólogo de Rubén Yáñez —prestigioso director de la escena independiente montevideana— y solapas firmadas por Gustavo Adolfo Buegger —no menos prestigioso crítico y también director del teatro uruguayo—, ambos, menos el primero que el segundo, bastante elogiosos para la obra.

Y la verdad es que la creación escénica de Mauricio Rosencof es meritoria, pero la simpatía de sus amigos nos había hecho esperar algo más. *La valija* transcurre en una casa de pensión, donde casi todos sus habitantes sueñan, menos la mucama —Juanita—, que por mo-

mentos hace las veces de coro. La técnica de Rosencof es interesante, pues llega a mostrarnos la visualización de esos sueños, transportando al pasado a sus personajes, haciéndolos vivir excenas reales e imaginadas. La falla que le encontramos a la pieza es la —a nuestro juicio— excesiva esquematización de criaturas y situaciones. Tal esquematización quita profundidad a la labor total del dramaturgo. La trama es ingeniosa y sencilla a la vez, lo que no es poco mérito, pero los personajes son muñecos que sirven a esa trama, y ahí, creemos, reside el error fundamental. Sobre un escenario la pieza ha de moverse gratamente; es de su lectura que surgen las faltas que señalamos. Se diría que Mauricio Rosencof sacrifica la profundidad a su ingenio, y eso aleja a su obra del drama y la acerca a la comedia. Y el tema de *La valija* no es el de una comedia.

Edgardo A. Pesante

Psicología del escolar, por SUSAN ISAAC. Buenos Aires, Talleres Gráficos Kausman, 1964. 148 p.

La obra pertenece a la colección *Editorial Escuela*, a cargo del Dr. Bernardo Arensburg, Profesor de la Universidad de Cuyo. Es traducción de veinticuatro artículos de *Teacher's World* y está destinada, como aquellos artículos, a estudiantes del magisterio.

Dos notas hacen de utilidad su con-

tenido distribuido en cuatro capítulos: Introducción, diferencias individuales, desarrollo social y desarrollo individual, respectivamente. Y no sólo para *futuros maestros*, sino muy especialmente para padres que aspiren a colaborar con ciencia y eficiencia en el desarrollo intelectual, emocional y social del educan-

do. Sólo en tales condiciones pueden los niños entre 7 y 11 años que preocupa a la autora, alcanzar madurez real. Escrito en tono familiar, enseña hábilmente a ver los problemas que se ocultan tras las dificultades que detienen o desvían la conducta e impiden el normal proceso de formación.

La autora hace gala de claro don de observación concreta, sano espíritu de comprensión, guiado no solamente por la simpatía natural, sino por un aletado sentido de comprensión científica. Llena de sugerencias valiosas en cada pasaje, usa una expresión accesible, pues el léxico técnico ha quedado reducido al mínimo, para dar posibilidad a que tengan acceso a su temática aún los no iniciados a niveles más especializados. Esto, sin duda presta sello inconfundible al trabajo publicado, lo hace eficiente y manejable para todo ser humano, en cuanto tiene que interpretar la conducta ajena con fines educativos o con simples fines de conveniencia. Por ello aumenta el índice de aplicabilidad de la valiosa y breve órbita de solo 97 páginas. Y sobre todo útil en esta época en que son tan frecuentes las situaciones conflictuales, que bien atendidas no detendrán el proceso de maduración psico-social.

La norma pedagógica central, de la autora, podría ser el principio de conocimiento del educando y la no violencia. Tampoco el *laissez faire* ciego o complaciente, tan peligroso. Ha de darse cabida a la hábil dirección, consciente de metas y posibilidades, y tener presente ante cada problema el sujeto concreto y las circunstancias en que actúa. Sin adoptar en el desarrollo de los temas posición polémica, va mostrando

frente a los casos y situaciones los hilos entretreídos dentro y la manera de manejarlos. No hay principios a priori, sin situaciones concretas. Pero hay principios que rigen el desarrollo, con semitonos y hay que actuar con sentido integralista. No basta el saber teórico, sino tacto y conducción flexible para que sea sabia, lúcida. Ha de encontrar en cada caso el punto de apoyo necesario para la dirección guiadora.

Habrà que desterrar métodos y formas didácticas que no consultan "necesidades" e "intereses" reales en cada grupo y ambientes que dejen posibilidad de actuar. Se reencuentran principios directivos elaborados por Dewey, Montessori, Kerschensteins, Decroly, afanosos de respetar y nutrir el dinamismo creador —no meramente instructivo— para no matar la iniciativa, el afán de penetrar el mundo concreto de la naturaleza, la sociedad y la ciencia toda. Destruir las energías del imponderable motor humano por la imposición de criterios lógicos o literarios que no compaginan con las estructuras anímicas del ser en desarrollo, es detener el proceso de formación.

Consigue la autora el fin que la movió: despertar el interés de sus lectores por el trabajo práctico, a raíz de sus experiencias explícitas. Quien se lance a la lectura ha de salir enriquecido en capacidad de observación y penetración espiritual, y afinado su sentido de guía y conductor de los niños que están en la etapa correspondiente al nivel de escuela primaria. Habrá crecido su capacidad de hacer aprender y disciplinar sin violencia y efectividad.

Celia O. de Montoya

La escuela popular argentina. Su defensa, por FEDERICO EDUARDO ALVAREZ ROJAS. Buenos Aires, Ateneo, 1964. 327 p.

Con el lema sarmientino inicial, podríamos caracterizar el valioso contenido de la obra de Alvarez Rojas. Es como uno de aquellos puños llenos de verdades a que alude el viejo luchador san-

juanino. Sí, de verdades dolorosas, porque son parte del dolor del niño sin escuela, analfabeto, cuyas dramáticas cifras son, para el futuro cultural argentino un agudo interrogante. Toda la so-

horte de males encadenados están allí: malos edificios, número insuficiente de escuelas, abandono del menor; técnica pedagógica aún demasiado verbalista en la edad de la actividad máxima. Todo lo sorprenden las prolijas estadísticas recogidas, vertidas en gráficos cuadros, ponen al descubierto el indiscutible proceso de deterioro. Allí está página a página, renglón a renglón, todo patente, traído con espíritu de sana, valiente y clara crítica constructiva. Hay que conocer el mal para curarlo. El autor persigue poner en manos del público lego, el estado de un problema nacional para que el propio pueblo tome conciencia de lo que debe defender. No quiere armar el brazo del oscurantismo, declara.

Su amarga conclusión no duele más por conocida ni menos por la indiferencia que gravita sobre ella, para hacerla invisible a ojos y oídos, que no quieren notificarse de tan cruel realidad: *El hecho concreto es, pues, que en un siglo hemos incrementado notablemente la cantidad de analfabetos* (pág. 34). Dicho así es herida sangrante, responsabilidad colectiva y de cada uno.

Mas no es solamente cuantitativo el mal. Tampoco la formación del maestro

es menos anacrónica en sus aspectos científicos y pedagógicos. Sus conclusiones revelan cómo el trabajo escolar es insuficiente, los presupuestos escolares exiguos, cuando no irrisionarios, dada la magnitud de los reclamos. La organización de una escuela primaria es inactual, pues hay absoluta carencia de educación práctica y la teoría es pomposamente inadecuada. Malo el sistema de promoción en vigencia, pues están las escuelas sin talleres ni laboratorios, con inverosímil escasez de maestros y locales sin las más elementales comodidades. Faltan obras de protección y las correlativas instalaciones de comedores en zonas paupérrimas. Y así podrían continuar los items de ausencias y demandas.

La obra por lo sincera, aguda, documentada y valiente, merece ser leída y comentada en extensión muchísimo mayor que lo que permite el espacio y la oportunidad de una nota del carácter de la presente, implica, por lo menos un elemental deber de difusión entre quienes más directamente tienen la responsabilidad y el deber de aportar soluciones efectivas.

Celia O. de Montoya

Los Sudamericanos, por VÍCTOR ALBA. México, Costa-Amic, 1963. 325 p.

El autor es ampliamente conocido en el ámbito social y literario americano, particularmente por diversos enjundiosos estudios sobre el panorama de nuestro mundo convulsionado. Es español, nacido en Barcelona, patria de Ferrer, Tárrega del Mármol, Gaspar Sentión, José Fanelli, Anselmo Lorenzo, Angel Pestaña, el impetuoso Noi del Sucre y una generación idealista que en un siglo hizo palpitar a España con sus inquietudes. Y eso fue solamente el comienzo, el preludio de una promesa.

Victor Alba tenía 15 años cuando advino el nuevo régimen republicano en la península, de manera que le salió la barba al calor y fuerza explosiva de los sucesos posteriores. Sus ideas, como a todo buen hijo de España, le maduraron en la cárcel del régimen de donde,

inmediatamente que fue puesto en libertad, salió como disparado para radicarse en Francia, en 1946, uniendo el futuro de su suerte a la del ejército de los exilados conquistadores del nuevo mundo, que los ha conquistado, asimilado, transformado, universalizado. En 1947 fijó su residencia en México.

En los 18 años posteriores ha publicado Victor Alba más de 30 libros en castellano, francés, inglés y catalán, todos ellos sobre el drama caliente del universo humano, comenzando por el insomnio e Historia de las Repúblicas Españolas, Historia de las ideas sociales contemporáneas, y desde diálogos sin testigos hasta la muerte falsificada, los supervivientes y la vida provisional. En otro orden de ideas, se ocupa del industrialismo, la autarquía y di-

visión del trabajo; historia del dinero y esquema histórico del movimiento obrero en América latina. Desde las nuevas fuerzas latinoamericanas hasta coloquio en Coyoacán con el gran Rufino Tamayo, el caso húngaro y Extremo Oriente con sus lecciones en aquel mes trágico, hasta el liderazgo en el movimiento sindical, el misterio del caso Pasternak y un mexicano atlas de viajes. Luego, Latinoamérica un continente ante su porvenir, la historia del Frente Popular, congresos del partido comunista en Latinoamérica, el militarismo, su ascenso y posición tecnocrática, los generales y los personajillos e historia general del campesinado, del clan al latifundio.

Como se observa, una multiforme enciclopedia de temas tan variados como completos que solamente una joven, robusta y disciplinada mentalidad puede abarcar y defenderse para salir con victoria de cada más intrincado problema como Víctor Alba aborda. Además, colabora nuestro héroe en numerosos revistas de orientación social, de América y de Europa. En 1955 fundó en México la revista documental PANORAMAS, que ya creó un prestigio mundial en su género y actualmente dirige el Centro de Estudios y Documentación Sociales en la capital azteca. El libro LOS SUDAMERICANOS constituye la expresión de un pensamiento y una experiencia de Víctor Alba en tal variedad de conceptos que ofrecen una imagen sucinta de su labor.

LOS SUDAMERICANOS impone el convencimiento de los países subdesarrollados de la comunidad latinoamericana, no tan sólo en el aspecto económico, sino en la total concepción universal. Algunos de los ensayos han sido rechazados por publicaciones continentales, por entenderlos quizás demasiado veraces.

Víctor Alba sostiene que él está con el pueblo, porque es pueblo. Sus ideas importan una remoción de conceptos sobre la integración vertical, la misión y ocasión para la clase media, la industrialización que podría interpretarse como intención vacía por lo estrecha y contrapuesta. Agrega Víctor Alba que no

siendo político ni militar aspirante a político está en el deber de estimular el momento presente que es una fortuna puesta en nuestras manos para el porvenir con el auxilio que resulta de la Alianza para el Progreso, ya en metálico, ya como aporte de capital técnico en el afán de revolucionar pacíficamente la mentalidad arcaica de algunos estratos latinoamericanos al margen de los subterfugios y críticas de los políticos y sociólogos adversarios que ven en el triunfo de este programa su propia derrota.

Barajando los recursos de que Víctor Alba hecha mano, se enfrenta a las fuerzas paralizadoras del progreso, que tratan de afianzarse en un nacionalismo híbrido, utilizando la táctica del apoyo crítico latinoamericano, poniendo a la unidad continental y denunciando los procedimientos falsificados esgrimidos por el comunismo dictatorial, que explota el caso de Cuba en su interés y al margen del problema cubano y de sus hombres, con el peligro que siempre han inspirado a estos pueblos jóvenes las clases y los tecnócratas militares.

Finalmente, el autor anuncia las fuerzas de acción que sirven de valla al crecimiento de tales fines. Entre estos baluartes, Víctor Alba enumera al movimiento obrero auténtico, liberado de la politiquería y la burocracia. Señala la derrota del líder, ese fenómeno politicante y traficante que se adaptó lo mismo en el campo que en la ciudad y proliferó en los fondos sociales. Concibe un sindicalismo latinoamericano, no para la oligarquía financiera ni para el capitalismo medioeval, ávido de la ganancia siempre mayor al costo menor con superior sacrificio de los explotados, sino de un sindicalismo para la era atómica, ubicado y actuando ya hoy en el ambiente del siglo próximo. Habla de la ideología de ese movimiento sindical que ya opera con indiscutida gravitación en la vida moderna y que en el futuro tendrá que asumir la responsabilidad productiva de las naciones. Los sindicatos de planificación, las ideologías predominantes y el proceso de las corrientes veloces hacia el futuro que envuelven a la

juventud ante los ojos ciegos de los potentados, gobernantes, militares embobados por la política y religiosos que continúan vegetando en la edad antigua.

Con arrogante abundancia de juicio, Víctor Alba discurre apasionadamente como un producto lógico del medio americano, con esa euforia provocada por el torrente de la sangre que lo mantiene ciego sobre ascuas. Se extiende en consideraciones de acelerada aplicabilidad, valiéndose de los elementos a nuestro alcance, cual si hablara para un auditorio de 200 millones de personas. Y en la mayoría de los casos, sus teorías se limitan a entidades infinitamente mejores, que tienen sus problemas particulares y maneras de resolverlos con cartón propio.

América latina es una unidad integrada por reducido número de naciones que gravitan en su medio por extensión territorial, riquezas naturales, posición geográfica y poder industrial. Estas entidades ya se desenvuelven dentro de un panorama en contacto con los elementos predominantes del siglo. Pero los países de extracción menor, que no han podido redimirse de su dependencia, tienen la libertad como fantasía de la aventura humana. Y es ahí donde hay que calar hondo, donde la explotación inhumana se acentúa con regímenes patriarcales, dictatoriales, que son feudos del capitalismo soberbio. De aquí emerge como tremendo coloso el inframundo que disocia las ideas y las buenas intenciones. Cualquier ayuda colectiva siempre beneficia al sátrapa, al potentado, al aprendiz de brujo y sumerge a la comunidad.

El drama de América descansa en su inmensa riqueza, que el capitalismo quiere absorber a toda velocidad. Combinaciones financieras, comerciales o de cualquier otro tipo, dolo o especulación que produzca dinero, sin entender que debajo de esa capa traginante y traficante hay un pueblo que decide, aunque no actúe. El enriquecimiento veloz por saqueo, falencia o engaño son típicos y entran en el marco del derecho que asiste al habitante en el régimen democrá-

tico de libres empresas para el capitalista, de comercio libre e ideas modernas del panorama mundial de las que espera sacar el mejor partido.

Todo esto es fácilmente asimilable en el libro de Víctor Alba, con esa triste realidad que presentan algunas zonas continentales donde es fácil levantar viaje con el producto de la piratería, poniéndolo a salvo de la acción judicial en bancos continentales o europeos. La contrapartida se resume y concreta en la paupérrima clase proletaria, humillada y hundida por ausencia de medios económicos.

Entre esta clase empobrecida, y la burguesía terrateniente e industrial, que encuentra muy legal apoderarse del botín y largarse fronteras abajo, hay un abismo. Víctor Alba señala que podría llenarse ese vacío con una clase intermedia de elementos activos, compuesta por técnicos y científicos, profesores e integrantes de profesiones liberales. Pues, siendo ellos los dueños de los medios de producción, podrían asumir las funciones de dirigir la sociedad latinoamericana si un ideal los inspirara. Pero hay ausencia de principios. Su norte no está perfectamente definido.

Los ideales de la Alianza para el progreso no se concretan con el dinero que podrá echarse a carretilladas en las cajas del Estado capitalista o de los financistas y terratenientes del régimen. Es indiscutible que el mundo social está en pleno desarrollo concretado en reformas de fondo, sobre todo en el orden de los bienes naturales como la redistribución del suelo para mejor aprovechamiento productivo; de la planificación industrial para intensificar los beneficios de un reparto justo y una expansión internacional; de la arquitectura gubernativa hasta en los resortes menores de la sociedad.

Los hombres tienen que acudir a este llamado del progreso impulsado por la acción de la iniciativa empresarial para no caer en las garras de regímenes dictatoriales. A esta tentativa de alto vuelo, quizás la más importante en este aspecto en esta última parte del siglo, hay

que aportar ideas muy definidas, pues aun cuando no encierra ningún programa de socialización que pudiera interpretarse como revolucionario al conspirar contra los intereses del capitalismo, dicen claramente que el triunfo del sistema que se está aplicando señala una ruta por la que el hombre puede caminar libremente hacia el futuro.

El sistema capitalista tal cual lo entendemos en el panorama inferior de explotación simple, del hombre y de las máquinas, ha terminado. La propiedad de la tierra se justifica solamente en orden de producción de cosas y objetos de uso colectivo. Que no lo olviden los que ordinariamente quieren oponerse con leyes y represiones al estallido de esa revolución en marcha que ya nadie puede evitar.

Ciento cincuenta años de independencia política actúan por constituir el hogar de una inmigración que llegó hasta aquí perseguida por la justicia terrenal y celestial. El hombre no ha echado raíces en lugar hostil si no se le facilitan los elementos necesarios. En América latina, un hombre, una familia asentada sobre un pedazo de suelo constituye una fortuna para sí y para el país. Desde que se ha imposibilitado el derecho a la posesión de la tierra, se aceptó el trabajo de explotación como circunstancial y transitorio. Para muchos es producto de enriquecimiento, o de conquista para el magnate o aventurero que consigue un puñado de monedas y quiere multiplicarlas en esta explotación como en un golpe de banca. Esta clase de operaciones dudosas constituye el denominador común del poseedor de la tierra, fraccionada en enormes extensiones e improductiva por falta de amparo para el que la trabaja.

El militarismo no ha tenido tiempo para recapacitar sobre estas anomalías. Como cuerpo técnico, no tuvo siquiera el acierto de pensar que el régimen agrario imperante respondió a una necesidad de la colonia, pero que hoy está conspirando contra el progreso. La posesión de grandes extensiones de suelo tomadas al indio fueron cedidas

en propiedad a generales y linajudos de la historia latinoamericana. Los más encumbrados terminaron poblándolas con animales. Los grandes estancieros, dueños de fundos y señores de varios apellidos son terratenientes que integran hoy la alta sociedad, originada en los establos. La incorporación a esa élite de la clase industrial y financiera es de fecha reciente.

Latinoamérica no puede sentirse segura con una familia desarraigada y dispersa, por virtud de un inadecuado régimen de la tierra que no guarda relación con el plan de crecimiento. En centros cercanos a pueblos importantes y rutas de comunicación existen extensiones enormes de tierras profundas destinadas a pasturas y agricultura menor o ganadería. Otras a esta única finalidad, pero en estado virgen, pues el pasto surge por generación espontánea sin esfuerzo del hombre. Y en la Argentina, por ejemplo, la Universidad nacional gradúa apenas de 16 a 200 ingenieros agrónomos por año contra 8.000 médicos. Y estos ingenieros agrónomos no son lanzados a la conquista de la tierra, respondiendo a una vocación profesional, sino a un puesto burocrático de la política donde ordinariamente vegetan.

El hacendado dueño de la tierra sostiene que para producir carne barata necesita disponer de grandes fracciones de suelo, cual si ese razonamiento fuese el resultado lógico de algún proceso. Establecimientos existen que el titular siquiera ha pisado, no tiene idea de la variedad ni cantidad de animales que lo pueblan. Comúnmente, reside en el exterior como los grandes terratenientes rusos en la época del zarismo o en las importantes ciudades del país. Cuenta con una administración que le facilita balances financieros por los que se determina si el año produjo rendimiento adecuado, pero sin detenerse a investigar de qué manera podría hacerse mejor para obtener un mayor beneficio.

Este es el consenso general en ambiente argentino, pongamos por caso, donde, al margen de la ausencia de brazos para intensificar la producción ori-

ginaria del suelo, es preciso una acción amplia para redistribuir, en la condición que sea, grandes extensiones de tierras de cultivo. Aparte, es necesario contar con créditos para conseguir maquinarias, abrir rutas y organizar las tareas. De esa manera, vastas extensiones de suelo podrían recuperarse o incorporarse al cultivo en gran escala para explotaciones ganaderas tecnificadas, productos de granja en cantidades que hacen grandes a los pueblos de las colectividades modernas. El ideal está en el ánimo de las nuevas generaciones. Se necesita solamente enraizar al hombre latinoamericano a la tierra que ocupa, a su vivienda, a su calle y su pueblo. El núcleo que él representa es el centro nervioso de la nación.

Bajo este aspecto, Víctor Alba ha puesto una pica en Flandes. Los potentados y grandes terratenientes, de estatura mental rutinaria entienden que cualquier régimen nuevo a que quiera someterse la explotación del suelo es revolución explosiva e incendiaria por los cuatro costados de la estructura nacional. Pretender alterar los enmohecidos patronos en que se cimentan las instituciones, es tabú. Que se hable y escriba lo que sea; pero la propiedad, o sean los bienes inmobiliarios, comenzando por la tierra, son intocables. Cualquier reforma importa catalogarla de labor comunista. Víctor Alba considera que para lograr la transformación de base que latinoamérica espera, habrá que educar a los ejércitos, transformándolos en elementos de libertad y, de ahí en adelante, confiarlos por técnicos principios lógicos la transformación económica del suelo.

Un comunismo capitalista de tipo soviético no será posible en latinoamérica. Las condiciones tan especiales del continente, los recursos inagotables no son para aventureros, sino para hombres de trabajo que quieren crear fortuna. Cualquier transformación con método de cooperativismo, de socialización o de cualquier otro sistema que contemple los intereses de todos, se ha visto que no pueden lograrse a puntapiés de ningún

dictador. Sin embargo, que la burguesía agraria e industrial lo entiendan. Si no nos prestamos de hecho y voluntariamente para una acción revolucionaria de fondo, aprovechando lo hecho en téres colectivo, alguien vendrá para hacerlo discrecionalmente.

La industrialización sin planificación de América latina ya es problema superado. Las ideologías de la juventud tienen rasgos comunes, ajenos a los descreditados partidos políticos, religiosos y militares. Lo ensayado hasta aquí, con abusos de poder y discrecionales medidas para el bienestar general, hacen tabla rasa con medio siglo en el que se agostaron los maestros y quemaron los discípulos.

El medioeval régimen capitalista es totalitario por principio. En perspectivas de transformación fabricó una democracia de papel celofán que ofrece a las clases infrahumanas con distintos colores. Pocos recursos valederos le quedan para capitalizar a su favor que no entren en el socialismo auténtico. Los economistas contemporáneos ya han agotado las cataplasmas marxistas y regresan al colectivismo como único medio de salvar los restos de la ilegal propiedad privada. Los ensayos practicados desde hace un cuarto de siglo en Alemania occidental, Suecia, Israel, Suiza, Inglaterra, Australia, y Canadá a la luz de breves experimentos llevados a cabo en España durante el período revolucionario, les obligan a reivindicar la herencia de la economía social.

La era atómica está creando valores nuevos en el panorama de la dinámica moderna. Con el pensamiento redivivo, que renace de su estancamiento, se reabre un capítulo muy interesante para la intervención del proletariado. El viejo conservadorismo así como las escuelas humanísticas de la escolástica burguesa, dieron todo lo que tenían y nos dejaron entre Roma y Bizancio. La clase trabajadora y la juventud latinoamericana, que creen todavía en los ideales, están pronunciando su mensaje en esta crónica de Víctor Alba.

Campio Carpio

Estudios bolivianos, por CASTAÑÓN BARRIENTOS. La Paz (Bolivia), Universidad de San Francisco Xavier, 1964.

De la ya casi mítica Chuquisaca, Charcas después y actualmente Sucre a partir de 1839, nos viene un mensaje de lejanos confines. Nos llega de aquel Potosí que con 200.000 habitantes en 1700, era la ciudad más poblada de América y proviene de la centenaria Universidad Mayor de San Francisco Xavier en cuyas aulas se formaron tantos hombres ilustres que hoy pesan en la historia continental, tales como Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo y cuantos otros insuflaron aliento a la revolución idealista que pasando por los humanistas españoles cobró alas en el enciclopedismo francés y se materializó en la independencia política de veinte naciones.

Chuquisaca, cuya real audiencia se creó en 1563, se incorporó posteriormente al extinguido en 1810 virreinato del Río de la Plata, que comprendía el Perú, Paraguay, Bolivia, norte de Chile y la Argentina. En homenaje a Antonio José de Sucre, uno de los más leales generales expedicionarios de Bolívar, lleva su nombre y se constituyó en departamento. De allí, de aquella casa de estudios, nos llega este mensaje en forma de libro que firma Carlos Castañón Barrientos y lleva por título ESTUDIOS BOLIVIANOS. Este documento de 120 páginas e impreso en la Imprenta Universitaria de la Universidad, viene precedido de un prólogo del notable escritor Morales Ugarte.

El texto que sirve de vehículo para explorar el mundo literario, se sirve de los escritores y poetas bolivianos Osvaldo Molina como una vocación frustrada; de Alcides Arguedas, el autor del ya universal libro *LA RAZA DE BRONCE*, que a la edad de sesenta años fue abofeteado por el entonces presidente de la República, coronel Germán Busch para demostrarle que provenía de la barbarie y que de la democracia y diplomacia tenía 34 años y las botas claveteadas; del desconcertante Nicolás Ortiz Pacheco, poeta, periodista y bohemio impenitente

por sobre todas las cosas; de Carlos Medinaceli que para no verse públicamente en la picota y quedar sin empleo, tuvo que responder a un periodista: *Yo le juro, le prometo, le garantizo, le certifico, le compruebo que jamás, nunca, nunca: he cometido ningún verso. ¡Soy persona honrada!*; de la heroína de las republiquetas, como se llamó a Juana Azurduy de Padilla, guerrillera valiente, sacrificada esposa y cariñosa madre de varios hijos que podría servir para dar realce a cualquier espectáculo cinematográfico similar a *Lo que el viento se llevó*.

Cada uno de estos personajes vivientes, que han luchado para salvar el Tírol americano y llevar su proclama revolucionaria a los horizontes del mundo, es tratado en su físico y dentro de su medio, tanto por Carlos Castañón Barrientos como por el prologuista Morales Ugarte. Este, particularmente, se viste, lustra y acomoda en el sillón, les satura de ambiente y transmite al lector aquella atmósfera colonial que todavía de un siglo atrás a esta parte integra la sociedad semicolonial. Morales Ugarte en unas cuantas pinceladas nos dice qué inquietudes predominantes preocupaban la mentalidad sedentaria de las glorias potosinas cuando la fiebre de las explotaciones mineras hacía ricos a cuantos tocaban las piedras metalíferas que servirían para hundir en fecha fija los restos del descompuesto poder español. Morales Ugarte, sirviéndose de la sentencia de Palacio Valdés cuando significa que *nuestra sociedad está hecha de una materia tan fluida, que los cerebros llenos se van al fondo: sólo pueden flotar los huecos*, tomando al personaje de las solapas dice que conoció a Osvaldo Medina cuando ya era un hombre maduro que tenía la vivacidad del rayo; para *fulminar una personas no gastaba locuacidad. Con una definición breve, con dos palabras, quedaba embalsamado*.

Le había tocado vivir en un ambiente con limitaciones para la explosión artística, dice Morales Ugarte. En el medio había aplastamiento intelectual. Por donde pasaba la vista no encontraba más que pasiones inferiores. El talento al fondo. Flotando en la superficie, con falso brillo, la insolente riqueza de los adinerados, de los afortunados vástagos, herederos de los tesoros proporcionados por las minas de plata de Huanchaca, Pulacayo, Colquechaca. Vidas sin relieve, de placeres fáciles sin ningún ribete de refinamiento. Como ejercicio dominante la lengua acerada, para descuartizar méritos y diseccionar honras. El talento, negado. La preparación, discutida. Estériles y estúpidas indagaciones sobre el árbol genealógico de algún hombre inteligente o una mujer superior. El fallo inapelable salía del círculo de la rutina y la mediocridad.

Vivió, sintió y sufrió ese ambiente. Altivo y solitario, con la mente despejada se refugió en el torreón de su aislamiento, hasta que concluyó sus días este fino observador que vivió tantas tristezas y miserias. Agrega Morales Ugarte: *Se puso de parte de los humildes, de los que sufren hambre y sed de justicia, de un trato mejor para el infortunio. Muchos de los personajes de sus cuentos nos hacen estremecer de pesadumbre, de protesta ante los inmisericordes zarpazos de la vida. Perdimos a uno que pudo haber sido el mejor cuentista boliviano, que tenía la pasta, la fibra, la garrá de Maupassant, de Chejov. Ante todo supo reír, con risa delicada, por melancólica; supo de esa mueca genial cuando se devora la tristeza, cuando el llanto está a punto de estallar en marejada, cuando la desgarradura del sentimiento se traduce en la aristocrática curva de una rinsira.*

Carlos Medinaceli fue también otro personaje de leyenda que quiso al sufrido pueblo, a la historia plateresca de la ciudad, a la suavidad de su clima y a la belleza del ambiente. Lo que le resultó insoportable fue la arquitectura de la sociedad. Efectivamente. Planté-

monos en esta tierra en los dos primeros decenios del presente siglo. La división de clases es radical, absoluta. Ha tomado el mando, más por asalto económico que por otra cosa, un grupo que se autodenomina alta sociedad. Es insolente, petulante y cree firmemente en la diferencia de color de la sangre. Sostiene que tiene la sangre azul y se denomina aristocracia. Verdad que en la prócer ciudad hubo nobleza. He conocido familiar, con nutrido historial de cédulas reales y pergaminos auténticos. Se derrumbó el palacio nobiliario y cayó la descendencia en la miseria. Conservaban como antifonario de recuerdos los rancios papeles desteñidos. Veían ese pasado con tristeza. ¡Ah, los tiempos aquellos! Ahora estaban en la República, donde no valían un árduo tales tizonas y golás almidonadas. Sufrian en silencio. Ni un prestamista que soltara unos maravedés para aceptar en empeño el escudo esmaltado de la casa, en una bella miniatura, obra de un orfebre desconocido. Se hundieron en el silencio y poco a poco desaparecieron.

La que vino después, continúa nuestro excelente introductor, cometió la majadería de llamarse aristocrática. Erró al doblar tal título. Si no se hubiera llamado lo que era, plutocracia, a nadie habría llamado la atención. Surgió esta nueva clase de las entrañas de la tierra, sobre cimientos de argento. Fue la boyá de Colquechaca, Pulacayo, Aullagas, Huanchaca, las vetas de leyenda de Porco, pródigas proveedoras de plata. Así nació la otra aristocracia, sin más títulos que la fortuna. Pudo haber sido, de tener elemento dirigente con talento, factor eficaz para promover el progreso de la ciudad de Sucre. Los más se entregaron a la molición o adoptaron actitudes de capataz, para hacer sentir brutalmente que constituían una clase superior. Se divorciaron por completo del pueblo, al que menospreciaban y humillaban, estableciendo un verdadero abismo en las capas sociales, en una colectividad reducida, que vivían dentro de un régimen que en

nada difería del feudal, con amos prepotentes y siervos desposeídos.

Muchos de estos plebeyos enfatuados, nos dice la crónica, podían presentar títulos efectivos de nobleza. Sus antecesores compraron marquesados y condados. Tan sedientos y apurados de dinero andaban los últimos Carlos y Felipes de la decadencia borbónica, que ofrecieron en sus posesiones de América, al mejor postor, cédulas de rango nobiliario. Así se vio a ricos azoqueros, cateadores afortunados, yungueños con peluconas comprar blasones y escudos, como coronación de la valiosa plata labrada de la casa. Pero, rascando la delgada epidermis de la nobleza, quedaba al descubierto la condición ordinaria, petulante, de quienes valían menos que la escoria de las minas. No sabían ser, no podían ser aristócratas. No pasaban de la condición de plebeyos refinados.

Nuestros aristócratas de nuevo cuño son espectaculares por su ridiculez, por sus cómicos esfuerzos, por alcanzar la distinción, por la chabacana preferencia de sus gustos y aficiones. Como vivían enterrados bajo piñas de plata, sin ilustración de ninguna clase, la emprendían bárbaramente con el idioma y era de oírles dar órdenes a la servidumbre, en altisonantes explosiones del peor calibre. Inmediatamente aparecían sus abuelos que habían puesto trabajo, esfuerzo, perseverancia para arrancar de las entrañas de la tierra sus tesoros. Algunos manejaron la barreta y vistieron calzón de bayeta de la tierra, ascendiendo penosamente en el peldaño social. Los que siguieron ya no supieron trabajar; se acomodaron en una vida de holganza y dejaron que se derrumbara la fortuna. No supieron mantener en alto la piqueta que esgrimieron las manos calludas de los fundadores del linaje. Inútiles, parásitos, decadentes, se sumieron en la ruina y la miseria, sin conservar vestigio de sus blasones. Se cumplió al pie de la letra el dicho castellano que tan buena aplicación tuvo en países agrícolas como la Argentina: a buelo, chacarero; hijo, caballero; nieto, pordiosero.

El mundillo aldeano descrito le resultó insoportable a Carlos Medinaelli, y se fue a Potosí para proseguir los estudios en el Colegio Pichancha. Allí se encariñó con el ambiente, que difería mucho del de su ciudad natal. Aquí había más llaneza, más estimación por el trabajo, un reconocimiento al esfuerzo creador. Casi todos trabajaban en las minas, conociendo los rigores de la persecución de los filones. Los hombres se reunían en el *Círculo Social*, para hablar de negocios, en ropa de trabajo, haciendo resonar en el piso reluciente el estruendo de las botas empolvadas. El dinero igualaba a todos, los mejores títulos eran los billetes, la nobleza constituía en deslumbrar con una boya estupeña y la mejor ley de los metales. No valían nada los maniqués vivientes de la última moda. La jerga inglesa, lanuda y abrigada, cubría el cuerpo de estos hombres curtidos, que conocían de las inaccesibles oquedades donde se esconde la casiterita.

Muchos prejuicios sociales quedaban borrados. Se creaba la igualdad entre las personas y se admitía sin escrutinios genealógicos a todos los hombres de trabajo. El círculo cerrado de los intrasigentes estaba formado por algunas cuantas familias, que vivían la ficción del siglo XVIII, sin mirriñaque, sin privilegios, arrolladas por la invasión de los nuevos conquistadores de las minas. No alcanzaron a vivir para ver que la *Montaña Mágica*, el *Cerro Excelso* pasaban a poder del pueblo, al que desde tiempo inmemorial pertenecían, como todo lo creado por la naturaleza.

Para explicar la humillación a que fue sometido Alcides Arguedas, preciso es referirse a una serie de artículos que con su pluma de cauterio, el escritor denunciaba los infelices resultados de la guerra con el Paraguay. En un párrafo manifestaba que resultaban muy maravillosas las tierras del Chaco que, con sólo haberlas pisado, hacían surgir estadistas y hombres de gobierno. Nuestro excelso embajador Morales Ugarte afirma que alguien tomó la alusión como saetazo directo, y sucedió lo monstruoso. La

fuerza bruta atropelló a un hombre, a un artista. La bofetada recibida fue una afrenta a la inteligencia de América. Fue una notificación al país de que no tendría ninguna consideración por la inteligencia. Una repetición en el hecho de los exabruptos lanzados desde el otro lado del Atlántico por los invidiables Millán Astray y Queipo.

El gobierno de Busch había surgido de un golpe militar. *No se pierda de vista*, continúa Morales Ugarte, *que fue implantado en 1937, a los cuatro años de la ascensión al poder de Hitler. Nuestros nazis altoperuanos no podían hacer menos que tomar como modelo al audaz usurpador y seguir sus métodos de violencia. De ahí la cancelación del parlamento y declaratoria de gobierno dictatorial. Todo con carátula de un socialismo, entremezclado con procedimientos nazis y fascistas que, con vistosos títulos, consiguiera atrapar a la clase trabajadora para forzarla a fabricar una terrible maquinaria de guerra. Uno que otro parche aplicado a la primera legislación social representada por la ley de accidentes del trabajo; algún secuestro a un capitalista minero; dos aplicaciones a la pena de muerte por delitos sexuales y una incumplida disposición de la entrega total de las divisas obtenidas por la minería al Estado, con el acatamiento de la censura de prensa y persecución a los opositores, constituyen el balance del avance socialista expuesto por una dictadura. Ex liberales, ex republicanos, ex todo, los tránsfugas del palo encabeado de la política formaban el elenco de asesores, manejaban la tramoya y eran el sedante bienhechor de los accesos de furia del gobernante.*

Pero no hay para qué engañarse. Fue un gobierno según receta nazi, condimentado al gusto criollo, con salsa picante y fuerte guarapo, para que no faltaran estimulantes para la cancelación de la libertad, que era el plato apetecido del dogo. Como norma, mano fuerte, menosprecio por la ley, considerar como debilidad todo acatamiento a las normas jurídicas y ninguna estimación por la in-

teligencia. Estaba dada la dirección por el ministro de propaganda de Hitler: *cuando oigo hablar de inteligencia, siento impulso de llevar la mano al revólver.* Eran muy pintorescos los socialistas altoperuanos, incubados en la llamada generación del centenario. Con la mentalidad formada por la filosofía liberal, eran socialistas a su modo, a este augusto suplicio burgués que siempre ofrece explicaciones. Fácil se advierte cómo la violencia se tomó el desquite.

Y luego de un recorrido por el oasis Ortiz Pacheco, este expositor nos dice que el poeta vivió dos vidas, pudiendo entenderse como un caso de viglambulismo espiritual o desdoblamiento de la personalidad. En la época de abstemio, era el individuo intelectual, sediento de saberes e impresiones estéticas, culto, cortés y ocurrente, dedicado al estudio y al ensueño donde hacía un reposo melancólico de su conciencia. Después de este remanso venía la crisis de dipsomanía, descendía el caballero de su sitial para dar cabida al lacayo abyecto, y se hundía en el espeso légamo del tóxico, hasta el embrutecimiento, hasta la degradación. Conocía sus flaquezas. No usaba vericuetos de la hipocresía. Ahí desapareció en la bruma de las cosas muertas.

Consigna Morales Ugarte que después de una guerra de conquista nos dejaron sin mar, ni siquiera una ola, para descomponer el prisma de nuestro desconsuelo. *América tiene una espina en la garganta mientras no solución tamaño agravio. Aunque se les llame indios a los bolivianos, y se fijan en la miseria que se aturde con coca, con chicha, con quena, legados de un pasado esplendoroso, no es deshonor haber sido derrotados en pelea. Deshonor es haber sido vencidos y humillados por hermanos y vecinos poderosos. Nosotros, los hombres libres de América toda, desde el Cabo de Hornos hasta Alberta, siempre estuvimos dispuestos a la defensa de las victimas. El problema boliviano es tan intimo como el paraguayano y ningún desinteresado componente de nuestra comu-*

nidad elude su parte de responsabilidad para reparar la injusticia.

Admiramos en mucho la cultura autóctona de los pueblos americanos y a cuantos ayer fueron colosos para ahora descender al humilde plano por obra de circunstancias. La aristocracia de los herederos de Moctezuma, de Huaina Capac, Caupolicán y Atahualpa, la entendemos en el grado de su desesperante servidumbre como la bofetada en el rostro del gran Alcides Arguedas. En efecto, Bolivia reclama su participación en igualdad de condiciones al disfrute del cielo y del mar. Con auxilio del roto, que muestra la faceta dolorosa y explotada como masa por el capataz al servicio capitalista; con el sufrido minero boliviano, que después de ruda faena no contará más que con un puñado de porotos, un pedazo de pescado y vino barato. Esos obreros, esos trabajadores construyen fortunas de los únicos que gobiernan en Chile y gobernaron en Bolivia, gastando el dinero proveniente de las espaldas desolladas en las grandes capitales europeas. Los conservadores, los oligarcas, los plutócratas, los que *se sientan en opulentas mesas que tienen las patas hundidas en el guano*, de uno al otro lado de la frontera son los enemigos comunes. Por derecho humano, los humildes, los infelices, los explotados de cualquier parte de América, sin distinción de fronteras, son los que asumirán la responsabilidad del futuro. *Un mismo abrazo de solidaridad ante la desdicha abarca a rotos, indios, gauchos, llaneros y a todos los encadenados por la sociedad capitalista.*

El despotismo, la brutalidad, la despiadada persecución del dinero, el egoísmo desenfrenado, la violencia, el despotismo de los bajos apetitos y cuantos otros factores en la sociedad actual a la permanencia de la desigualdad, han su-

gerido a Morales Ugarte estos escorzos de Castañón. Ha sido una visión retrospectiva, un regreso al pasado para el reencuentro con figuras que algo tenían que decir, prematuramente separadas de la comunidad y olvidadas por este gran medio humano, esta facultad reparadora de los peores males.

La prosa de Castañón Barrientos es justiciera, vivida, entusiasta. No tiende a la desesperación ni a lamentaciones de otros tiempos. Juzga la obra de los hombres tal como fueron, *sin falsas idealizaciones de una crítica literaria donde las personas siempre tienen que estar vestidas de gran parada.* También les sorprende en calzoncillos. Con lenguaje correcto, hace las correspondientes presentaciones, sin actitudes dislocadas ni amaneramientos ridículos. Con mucho de sobriedad indígena y tranquilidad andina, estos dos personajes vivientes de la cordillera nos hacen saber que también allí, en aquellos valles, entre las soledades también palpita el mundo, con los problemas del devenir eterno que preocupa a las mentalidades ilustradas del siglo.

Castañón Barrientos y Morales Ugarte son dos de los pocos jóvenes escritores con que en la hora actual cuenta el antiplano en nuestra generación. Después de Guzmán, Lara, Gosálvez, Fernando Díaz de Medina, Cerruto, Otero, formados en aquel esfuerzo de sacrificios como lo fue la guerra del Chaco, escriben porque les gusta. Refugiados en sus distantes ciudades, expanden sus emociones porque tal es su destino; porque *tienen sensibilidad estética.* Con esa llama de fuego interior que todo abrasa, nos traen en estos ensayos bolivianos el acento de aquella tierra toda sueños y la orientación del pensamiento literario.

Campio Carpio

La novelística de Manuel Gálvez, por NORMA DESINANO. Cuadernos del Instituto de Letras. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional del Litoral. Rosario, 1964.

Se discurre con extraña frecuencia acerca de lo que se ha dado en llamar *el oficio del escritor*. El escritor, pues, tiene su oficio. Y en torno del tema, un escritor sin oficio ensaya una dialéctica absolutamente personal mediante la cual asegura la significación en el oficio de otros escritores. Y, en algunos casos —tal ocurre con Norma Desinano— aborda críticamente la novelística de Manuel Gálvez.

Don Manuel Gálvez constituyó todo un ejemplo de cómo un hombre libre entendió la milicia del escritor. No nos preocupan las ideas que manejó. Fue un escritor representativo, trabajador, decente. Tuvo mucha decencia. Es un ingrediente éste que importa mucho en el oficio del escritor. No utilizó su prestigio para lucir su garbo y su verbo en cenáculos literarios, en festivales de las letras y en congresos de escritores más o menos risueños. No hizo escaparate de sus libros. No vinculó amigos para que le apreciaran homenajes. No postuló premios internacionales. No aprovechó amistades para ingresar en presuntuosas páginas literarias. Lo tuvo todo, pero se quedó en escritor, en hombre libre.

Y al cabo de una militancia de medio siglo, asistida por todos los recaudos de la dignidad, Norma Desinano vehiculizó

un Cuaderno del Instituto de Letras para retacear valores a la obra de Manuel Gálvez. Es absurdo. Lo cierto es que si Gálvez no tiene valores, lo atinado, lo congruente, será no ocuparse de él. O lo que es igual: ¿Qué sentido del valor tiene quien juzga una labor carente de valores?

Don Manuel Gálvez tiene valores. Don Manuel Gálvez no hizo daño, no lastimó a nadie, no rebanó prestigios. Se obtuvo en lo suyo. Y quedó de él —la lección ejemplar de un hombre argentino— la significación de su quehacer feundo y de su comportamiento civil.

Quien empareje lo uno y lo otro, estará en condiciones de repartir censuras. En esa altitud, advertirá que la censura es menester de enanos. Distinta fue la actitud de la señorita Laura Milano —en edición del mismo origen— al ocuparse de Mateo Booz, que anduvo parejo camino que Gálvez y al que la señorita Milano —luces y sombras aparte— ubica magistralmente en la historia de las letras argentinas. Personalmente, a través de su ensayo, aprendí a estimar a Mateo Booz, escritor. O sea, la crítica en ministerio docente. Y en oficio decente.

A. F. L.

Introducción a la sociología, por W. J. H. SPROTT. México, Fondo de Cultura Económica, 1964. 252 p.

Es un libro de 252 páginas. Enumera la cantidad de páginas que contiene la obra de Sprott no puede necesariamente constituir el resumen de una nota bibliográfica. En ocasiones suele reducirse a eso. No creemos, empero, que una materia de la significación que en el universo de las ideas tiene la sociología se resuelva, aun por vía de introducción, con el criterio elemental que

lo hace W. J. H. Sprott en el volumen que ha editado Fondo de Cultura Económica.

La hora actual reclama ideas y actitudes claras. El mundo cambia. Es un suceso perfectamente mensurable. Por eso mismo, es una hora de definiciones. Quien no se halle en poder de ideas ni en condiciones de adoptar actitudes, ha perdido la oportunidad de escribir o de

hablar. Es lo que enseñaba, allá por los comienzos del siglo, en Perú, un poeta genuino, don Manuel González Prada: *Quien no alza su voz en el certamen del siglo, es porque no tiene nada que decir.*

Palabras que proponemos a la meditación de W. J. H. Sprott en la cir-

cunstancia de que se proponga abrumar a la cultura moderna con obras profundamente extrañas a la realidad de la hora presente, tal como *Introducción a la sociología.*

A. F. L.

Le théâtre moderne. Hommes et tendances. Recopilación y presentación por JEAN JACQUOT. París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1958. 370 p.

En 1957 el IV Coloquio de Arras (Francia), estuvo consagrado a discutir problemas del teatro. Con la presencia de personas vinculadas directamente al teatro, como autores, directores, críticos, etc., el encuentro abordó distintos temas en forma concreta y dentro de un panorama universal.

El teatro es comunicación. Y lo es a través de la acción dramática, que es fundamentalmente *juego*. Por eso el teatro es un arte con tiempo. Y su evolución corre paralelo a la evolución de la cultura de los pueblos. Forma y contenido se nutren de lo actual. Y bien sabemos que el hombre de hoy, que vislumbra ya como una realidad cercana la conquista de otros mundos, que tiene otra visión más clara y penetrante de su razón de ser, no está influido espiritualmente por el mismo contenido emocional e ideológico de quienes vivieron épocas precedentes.

La primera guerra mundial de este siglo transformó profundamente la sociedad occidental. Nuevos factores determinaron cambios fundamentales en las estructuras económicas y sociales de los pueblos. Y luego de una postguerra poblada de amenazas iracundas contra la integridad del hombre en cuanto a su propia personalidad, la segunda contienda abrió nuevos horizontes a las jóvenes generaciones, que ya no se conforman con ser partícipes de un mundo afeado a tradiciones caducas, sino que aspiran a transformarse en constructores de su propio destino.

El teatro, como las otras artes, quie-

re ser entonces expresión auténtica del nuevo sentir. Y en la escena rejuvenecida tras la explosión de la primera bomba atómica —signo inequívoco de este siglo violento e incongruente— suenan otras voces, portadoras de un mensaje que busca ofrecer al hombre actual su propia visión, atormentado con sus conflictos anímicos, pero también convulsionado por los problemas que afligen a la humanidad.

El coloquio de Arras alertó sobre lo que el teatro debe ser y cómo debe servir a la sociedad. Muchos fueron los temas tratados, algunos referidos a destacados autores, como O'Neill, Salacrou, Giraudoux, Brecht, García Lorca, Betti, C. Casey, etc.; otros a cuestiones más generales, como *El arte dramático y la evolución económica y social posterior a 1914*, *Los héroes del drama expresionista*, *La política teatral rusa y el realismo*, *El teatro danés en nuestros días*, etc. Sus participantes —entre otros: Hernan Teirlinck, Gabriel D. Vierge, Georges Lerminier, André Villiers, Marianne Mercier-Campinche, Jean Jacquot, Maurice Gravier, Camille Demange, Philippe Ivernel, Marie Laffranque, Luciano Lucignani, etc., mantuvieron, posteriormente a cada exposición sobre los distintos temas, breves discusiones que aportan interesantes opiniones sobre la materia.

En resumen, *Le théâtre moderne. Hommes y tendencias*, es un valiosísimo aporte para el conocimiento y comprensión del teatro contemporáneo.

E. E. S.

Las alas del pez, por FERNANDO SÁNCHEZ MAYANS. México, Ediciones De Andrea (Los presentes, 95), 1963. 78 p.

Sin duda, el autor de esta pieza —consagrada en su país con el premio *Juan Luis de Alarcón*— no ha podido desprenderse al incursionar en el teatro de las influencias de los dos géneros por los que se sintió primeramente atraído: el periodismo y la poesía. Y es así como en esta obra, cuya trama no se destaca por su originalidad y cuya acción se desarrolla con abrumadora horizontalidad, privan una calculada dialéctica de tono discursivo y una inmediata carga de sentimentalismo. Sus personajes se conforman con hablar. Y lo hacen en un simple juego de preguntas y respuestas. No viven el instante. Sólo a Daniel, el adolescente que va a ser padre, el autor consigue darle cierta di-

mensión humana. Los demás actúan fría y mecánicamente, cuando no lo hacen con cierta pedantería pedagógica, como Soledad, la solterona que a través de la música, la poesía y el arte *siente una especie de amor por todo lo que ha sido creado...*

Un lenguaje pulcro, aunque sin disimular las crudezas que el tema exige, otorga cierta calidad literaria a la obra, pero esto no basta en teatro. Es preciso que haya, por sobre todo, sustancia dramática, no circunscripta al diálogo más o menos logrado, sino inmersa en la encarnación de cada personaje. Y esto, indudablemente, no lo encontramos en esta pieza.

E. E. S.

La pena de muerte, por ALEJANDRO CORNIERO. Barcelona, Ediciones G. P., 1962. 79 p.

Se trata de un libro de interés para el lego en Derecho penal que desee informarse sobre el apasionante tema de la pena de muerte.

El autor no es original, ni pretende serlo, en el tratamiento del tema en cuestión. Por otra parte, sería ridículo pretender originalidad, hoy, sobre un tópico que lleva siglos de apasionadas discusiones.

Corniero comete algunos errores imponderables en quien, como él, afirma ser juez; por ejemplo llamar *Deterministas* a los Positivistas, o afirmar que

la primera voz relevante que se alza en contra de la pena de muerte es la de Beccaria.

Dejando de lado el último capítulo, donde, en forma de diálogo, el autor expone sus ideas, y que puede ser considerado simplemente deficiente, podemos decir, en definitiva, que es una relativamente buena recopilación de argumentos en pro y en contra de la pena capital, sin mayor mérito que el informativo.

Mauricio Sarudiansky

Una isla que pasa, por ADELA TARRAF. Con la versión de las baladas al italiano por el poeta Julio Egúa Villamayor. Buenos Aires, Librería Hachette S. A., 1963.

El mensaje poético —comunicación de una visión del mundo y de lo humano— se da en este libro a través de la con vocación de lo primigenio (aire, agua,

fuego...) con un modo perceptivo de fina penetración sensorial que se trasmuta para expresarse en puros valores espirituales. La falta de anécdota afir-

ma la construcción poética como manifestación de un mundo interior fundamentado en elementos que se sostienen unos a otros independientemente de la circunstancia, que no necesitan del apoyo de lo particular; únicamente interesa su forma ordenadora, entendida como el conjunto de relaciones por las cuales los datos de la experiencia concreta se convierten en signos estéticos. Al mismo tiempo, la falta de circunstanciación coloca los poemas en un plano de atemporalidad sólo dominada por los valores simbólicos de la forma interna. En este sentido la red de relaciones conforma un mundo y constituye, en último análisis, una gnoseología.

Una isla que pasa, metáfora del ser temporal, acentúa el aspecto del vivir individual (ninguno ha de vivir / mi mundo como suyo) como un hacerse en la búsqueda de su identidad más auténtica y primigenia. Por ello, a lo elemental cósmico se asocia en el devenir histórico la antigüedad, en la que el papiro bíblico narra / la virginidad del elemento / frente al tiempo guerrero.

La imagen del mar se transfigura en símbolo del ser y de su vivir como un proceso constantemente renovado para encontrar la forma adecuada —única— del ser:

*...es uno más que busca
su propia forma remota.
Aparece escalando infatigable
un estadio profundo.*

El mar conjuga la idea de la eternidad son la del *fluir* (*La eternidad yace como una música*). La búsqueda de su forma dinámica y temporal *es su modo de darse*: lo contrario del replegarse en sí mismo, y configura la otra faz del símbolo: la búsqueda de la comunicación.

En este plano simbólico todo el mundo expresivo gira dentro del entorno de elementalidades, y con él se establecen similares y metáforas que trasladan la percepción sensorial a símbolo. Desde esta perspectiva el vaivén conceptual en que las connotaciones de un objeto de-

finen a otro, no queda en simple juego intelectual. Adquieren patetismo por tener siempre como un polo de referencia lo humano, cuya representación frecuente es *corazón*.

Corazón es la isla que pasa aludiendo a las dimensiones ónticas de lo humano, y es también la multivalente objetivación de dramático colorido: *poniente de isla*.

Los objetos se ven como vivificados al compararlos con aquellos atributos —reales, metafóricos— que definen la vida (*El dique se abre como una diástole*), y más aún, la pasión del vivir (*La Quebrada del Toro se compara con el tremendo endurecimiento externo / que cabe a un corazón / donde ha bullido el fuego*). Es precisamente la vida (equiparada a la violencia del huracán) la que *inunda de libertad / los nudos exactos del cuerpo*. Y como en el símbolo del mar, la libertad crea formas:

*Pero lo tuyo que hay en mí
yo misma lo he forjado.
Ahora ni siquiera tocarlo puedes.
No puedes tocar un canto.
Compréndelo.
Es libre.*

Es también, después del *ubi est, ubi sunt*, de la reiterada pregunta por la comunicación (*esa amante calidad humana / que torna el viaje / de la vida / breve*), el impulso hacia la trascendencia. Trascendencia hacia el otro:

*hubiéramos podido intercambiar
esta secreta angustia*

o trascendencia hacia una transformación comunicante:

quisiera perdurar

*incorporándose
en piernas como torneados tallos,
que irían aventando
la flora cósmica
de la sonrisa.*

Comunicación en *el remolinear abso-*

luto, más allá de la envoltura corporal, por la atracción de un sentimiento que flota.

El modo de ordenación interna de este mundo poético —del que destacamos sólo unos pocos rasgos—, por acercamiento coherente de elementos de otra manera inacercables, es también la clave de la unidad de cada poema y del libro entero; la yuxtaposición se convierte en un ritmo peculiar —necesario— sólo a través del cual se percibe la relación entre lo en apariencia indiferente o caótico. El modo de decir es, pues, un modo de estructurar y un modo de interpretar. De ahí surge el sentido afirmativo del libro de Adela Tarraf, porque su confianza en el lenguaje en tanto vehículo de poesía le permite articular el mensaje en su propia forma remota.

Ofelia Kovacci

Quien es Quien en la bibliotecología argentina, por NICOLÁS MATIJEVIC.

Bahía Blanca, Centro de documentación bibliográfica, Universidad Nacional del Sur, 1965. 157 p. mm.

El Centro de documentación bibliotecológica de la Universidad Nacional del Sur ha puesto en circulación el diccionario biográfico de los artesanos, por así decir, de la bibliotecología en nuestro país, trabajo realizado por el director del Centro y a la vez de la biblioteca central de dicha casa de altos estudios, profesor Nicolás Matijevic, con introducción de Domingo Buonocore. Indudable es la importancia de la publicación, primera de esta naturaleza si se consideran como antecedentes la que redactó Carlos Víctor Penna en 1951, con alcance latino americano, pero limitada a los profesores de las escuelas profesionales, y algún otro opúsculo que no tuviera trascendencia por lo escaso de sus informaciones y lo restringido de su circulación.

Con todos los inconvenientes y contratiempos que se han ido produciendo en la marcha de la tarea bibliotecaria entre nosotros, que podemos considerarla antigua en lo que respecta al almacenamiento y custodia de los libros y moderna en lo que implica rigor de procedimientos, disciplina, tecnicismo y especialmente dedicación profesional de quienes la ejecutan, se necesitaba un aporte de esta naturaleza para saber *quién es quién* en la labor de todos los días, para que se conozcan y puedan vincularse los que andan tras los mismos afanes, según lo

destaca Buonocore con precisión, y en cierto modo también para presentar un panorama profesional, que puede reflejar indirectamente el de las bibliotecas argentinas. Confianza y esperanzas sobre el futuro podrán afirmarse en buena parte, si de ese panorama surge la evidencia de quienes tienen la responsabilidad de seleccionar los libros, organizar y administrar las bibliotecas, muestran antecedentes y bases culturales que se requieren como elemento principal para que toda esa actividad se cumpla con eficiencia. Sabemos que los recursos económicos no sobran y que tampoco abundan los humanos para el trabajo diario y esto, a la vez que destaca la perseverancia y la voluntad de quienes necesitan unos y otros para impulsar sus programas, señala también exigencias de ahorro y aprovechamiento inteligente de lo que se dispone. Doble mérito por cierto, si con poco disponible logran organizaciones bibliotecarias que signifiquen una real contribución a la cultura, la ciencia y la enseñanza.

La tarea realizada por el profesor Matijevic ha sido paciente y perseverante. Detrás de las páginas que integran el volumen hay un fatigoso trámite, averiguaciones y búsquedas para realizar las cuales se cuenta siempre con muy relativa colaboración. Podría decirse que el trabajo requerido por una lista de esta

naturaleza es propio y digno de un bibliotecario.

Al pasar la vista sobre *Quien es quien en la bibliotecología argentina* se destaca en primer término que el criterio guizador fue en extremo generoso y que, aparentemente al menos, se ha procedido a transcribir la información recibida por vía directa. No se nos oculta que de este modo los datos tienen veracidad asegurada, pero el procedimiento ofrece varios peligros, como el de transcribir los que no corresponden exactamente al propósito que se persigue y justifica esta clase de libros. No siempre los solicitados perciben los objetivos precisos y, como pueden dejar de lado cosas que importan también ha de ocurrir que asienten lo que no debe contar sino para el mismo biografiado, para su satisfacción íntima o para una explicable vanidad profesional... Es el caso de la paternidad de trabajos inéditos, de otros realizados en función del cargo que se desempeña, de bibliografías correspondientes a clases dictadas, de listas de libros que son inherentes a la labor del referencista; comisiones, trabajos y cargos implícitos a determinadas funciones burocráticas, etc. Todo eso no tiene valor en un *curriculum*, como no lo tienen invitaciones recibidas ni algunas hojas mecanografiadas, o figurar en la nómina de socios de entidades de tipo gremial o social. Por otra parte, alcanzan significación solamente los diplomas o certificados de estudios cuando éstos, si no directamente profesionales, sí tienen un valor técnico, científico o cultural,

que siempre representan la adquisición de conocimientos que favorecen grandemente la tarea bibliotecaria.

A propósito de esto último, cabe destacar como aporte positivo a la profesión el buen número de egresados de carreras universitarias, científicas y humanísticas, que se han incorporado a esta actividad. Parte de ellos, tal vez los más, lo harían en su época estudiantil, como ayuda económica, y en ella despertaron su vocación; se han quedado formando los cuadros y su contribución puede ser muy significativa.

Podría discutirse el criterio seguido para la elaboración del trabajo, no selectivo por cierto sino hecho con el propósito evidente de señalar la mayor cantidad de personas dedicadas a la tarea en las bibliotecas argentinas, pero no conviene olvidar la división ya determinada en el ambiente bibliotecario, de trabajadores profesionales y no profesionales. Por otra parte, y no ignoramos que todos o en su mayoría por no haber correspondido a la encuesta previa, faltan algunos de actividad y competencia destacadas. De éstos podrían haberse dado cuando menos los nombres en un apéndice o nota aclaratoria.

Somos partidarios de un mayor rigor en la fijación de informaciones y en la sobriedad de éstas, pero ello no implica en absoluto restar méritos a la tarea realizada y que, como todas las que fijan un comienzo, son perfectibles y superables.

Germán García

El fuego sombrío, por W. G. WÉYLAND. Buenos Aires, La Aventura Creadora, 1964. 439 p.

Walter G. Wéyland, conocido escritor nuestro, nació en la ciudad de Rosario en el año 1914 y allí cursó sus estudios. Desde muy joven ejerció el periodismo en distintos lugares del país adonde llevó su imperioso afán de caminos y de distancias: Rosario, Tucumán, Jujuy,

Santiago del Estero y Buenos Aires. Actualmente reside en Villa Ballester, provincia de Buenos Aires.

Ha colaborado en las revistas *Claridad*, *El Hogar*, *El Suplemento*, de la Capital Federal; *Substancia*, de Tucumán, y *Panorama*, de Nueva York. En

los diarios *La Nación*, *La Gaceta* y otros, donde publicó comentarios críticos, cuentos y ensayos sobre literatura y artes plásticas.

Dirigió una colección de novelas argentinas en la editorial Raigal y escribió prólogos para libros de la Colección Clásicos Argentinos de la editorial Estrada. Ha traducido, además, obras de André Maurois y Raimond Radiguet.

En 1938 Wéyland publica en Tucumán su primer libro: *El Pequeño Monstruo*, novela en la que puso de relieve sus notables condiciones de narrador. Dos años después reúne en un volumen sus trabajos críticos, que publica bajo el título de *Ubicación de don Segundo Sombra y otros ensayos*.

Posteriormente y luego de haber obtenido el premio único en la selección argentina del concurso de novelas hispanoamericanas 1941, organizado por la editorial Farrar y Rinehart de Nueva York, bajo el patrocinio del Comité de Colaboración Intelectual de la Unión Panamericana, publicó *Aspero Intermedio*, con el seudónimo de Silverio Boj, reeditada en 1949 con su verdadero nombre. A este libro siguió *Belgrano R*, editado Doble P, y recientemente ha publicado un estudio sobre la vida y la obra de Roberto J. Payró, donde evidencia erudición y una aguda penetración de los valores destacados del autor de *Divertidas Aventuras del Nieto de Juan Moreira* y en el que realiza un análisis minucioso de sus méritos en relación con el medio y con el momento en que se desarrolló. Tiene en prensa un ensayo sobre la vida y la obra de Alberto Córdoba, escritor argentino recientemente fallecido.

El Fuego Sombrio es una auténtica expresión de la literatura argentina: ambiente, criaturas y significación argentinas. Sin embargo, como consecuencia del aliento humano que le da contenido,

que le otorga validez perdurable, esta novela posee proyección universal. Sus personajes, vividos en sus secuencias, en su accionar, están notoriamente ubicados en el ambiente en que actúan y poseen una personalidad perfectamente definida; de ahí que esas vidas transcurran naturalmente, sin disonancias, aun bajo la influencia de las más complejas reacciones anímicas. Son hombres y mujeres con los que tropeizamos a diario, con las urgencias comunes; con ambiciones, deseos y esperanzas; con triunfos y fracasos, alegrías y sinsabores, que no rebasan en ningún momento a la realidad, que no desencajan en el ambiente en que se mueven. No cabe dudas de que el autor, no sólo ha vivido junto a sus personajes, sino que ha sabido captarlos e interpretarlos para recrearlos con la autenticidad más pura.

Wéyland trabajó durante muchos años en *El Fuego Sombrio*. Su elaboración de artífice le permitió conseguir la máxima pureza de su prosa, sin que pierda su frescura, su fluidez; le permitió obtener un destacado equilibrio en su estructura y un desarrollo armónico y natural que toma al lector y lo lleva a través de la trama para vincularlo con sus más insignificantes consecuencias.

La novela se ambienta en la ciudad de Tucumán, pero su planteo trasciende los límites locales para alcanzar una perspectiva humana y social de vasta proyección. Los personajes, tomados de distintos sectores sociales, se van agregando al ámbito del protagonista para ir definiéndose y creando el marco que propicia y que favorece el desarrollo de su propia vida.

Una novela, en suma, de ponderables valores, llamada a perdurar como auténtico exponente de la literatura argentina y latinoamericana.

D. O.

Juan Carlos Gómez, periodista y polemista, por ALICIA VIDAURRETA DE TJARKS. Montevideo, 1964. Apartado de la *Revista Histórica* del Museo Nacional. Tomos XXXIII y XXIV, 367 p., 6 láminas.

Un estilo pulcro y dinámico, una labor heurística casi exhaustiva, agudos juicios, caracterizan esta valiosa obra. Ingente tarea es indagar una línea de pensamiento a través de la maraña del periodismo rioplatense del siglo anterior. En este caso la aborda airoosamente una joven historiadora. Sus frutos se exponen en un denso volumen pleno de detalles novedosos. No sólo se nos depara la vida del fogoso combatiente con la pluma que fue Juan Carlos Gómez, sino también un completo panorama político de los dos países, en los que alternativamente actuara a lo largo de más de cuatro décadas.

Aunque Juan Carlos Gómez, como lo afirma la autora en las palabras iniciales, no alcanzara las magistraturas supremas, ocupó empero un lugar de primer orden en la sociedad de su tiempo. *Acaso ningún escritor de la época —sostiene— dio a su pluma más brillo, por la fuerza de su dialéctica y de la autoridad moral que emanaba de su persona.*

Nacido en Montevideo en el año 1820, pasa su juventud en ciudades brasileñas y chilenas. Poeta y periodista, retorna a la patria tras la caída de Oribe. Electo senador por el departamento de Salto en 1853, es uno de los organizadores, o más bien *alma y portavoz* del partido conservador, una fracción del coloradismo. Ministro del singular triunvirato surgido en ese mismo año, debe abandonar el cargo a principios de noviembre, a consecuencia de la concentración del poder en las manos exclusivas de Venancio Flores.

Luego de un corto viaje a Europa, en 1855 se radica en Buenos Aires. Pasa a ser redactor de *La Tribuna*. Toma abierto partido por la tendencia más tenazmente opuesta al gobierno de la Confederación. Ataca con saña extrema a las personas de Urquiza y Alberdi.

Casi todos los artículos de Gómez en La Tribuna durante este período son un trasunto del enmarañado y complejo problema de las relaciones entre Buenos Aires y la Confederación, aún cuando su intento original es tratar temas del más variado orden, como las relaciones económicas, la guerra de tarifas y sus derivaciones, medidas proteccionistas del comercio y las rentas bonaerenses, las disidencias entre los partidos políticos rioplatenses, etc. (p. 186).

En mayo de 1857 se encuentra en su patria. Allá es redactor de *El Nacional*. Agita la oposición al gobierno de Gabriel A. Pereyra, Después de la hecatombe de Quinteros, se traslada otra vez a Buenos Aires, donde reemplaza a Mitre al frente de *Los Debates* y más tarde a Sarmiento, en *El Nacional*. Tras la batalla de Cepeda y el convenio de paz de 11 de noviembre de 1859 se retira a la vida privada por un buen lapso.

En su momento de mayor auge Juan Carlos Gómez lanza desde las columnas de *La Tribuna* la quimera de los Estados Unidos del Plata, cual medio de afianzar posiciones frente a la Confederación. Manifiesta la autora que *...no pasa de ser una idea circunstancial, carente de arraigo colectivo, nacida de una postura anti-caudillista* (p. 271). Vuelve Gómez sobre el tema en 1867. Entre sus compatriotas sus formulaciones provocan gran indignación y prolongadas diatribas. Otra violenta polémica genera en 1869 en torno a la triple alianza. Las lides políticas de su patria lo envuelven de nuevo en 1872 y hasta su muerte, ocurrida en Buenos Aires el 25 de mayo de 1884, participó ya en el Uruguay o en nuestro país, en múltiples actividades públicas. Entre ellas se cuentan faenas literarias y campañas de índole social, a través de la masonería y sus órganos periodísticos.

Con la simpatía propia de un conocimiento a fondo, aunque con ponderable ecuanimidad en las apreciaciones, Alicia Vidaurreta de Tjarks destaca el papel siempre discutido de su personaje. Con su estudio nos introduce en los ve-

ricuetos de uno de nuestros más complejos periodos históricos. Tarea cumplida cabalmente, por lo demás.

Beatriz Bosch

La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina. 1852-1862,
por JAMES R. SCOBIE. Traducción del inglés de Gabriela de Civi-
ny. Buenos Aires, Hachette [1964]. 425 p.

El profesor estadounidense James R. Scobie, actual catedrático de la universidad de Indiana, realizó investigaciones en nuestro país durante los años 1952 y 1953 con el objeto de preparar un trabajo de tesis. Fruto de esa labor es la obra, que vertida al español, se incorpora a la prestigiosa colección *El pasado argentino* de la librería Hachette.

El autor realizó serias pesquisas en archivos públicos y privados, a más de compulsar corpus documentales éditos, periódicos y folletos contemporáneos y las por él denominadas *obras secundarias*, o sea las escritas con posterioridad a los acontecimientos. Una lista metódica de tan cuantioso material se incluye al final del libro. Hay también referencia al mismo en una Introducción, que originariamente, suponemos, se destino al público estadounidense. El aporte novedoso está representado por la noticias que proporcionan los informes de los diplomáticos extranjeros a sus respectivos cancilleres, si bien a algunos de esos informes —los del mes de febrero de 1852, los diera a conocer el historiador Diego Luis Molinari en *Prolegómenos de Caseros* (Buenos Aires, 1962). Igualmente observamos que aparecen como inéditos diversos documentos publicados ya en 1911 en el *Archivo del General Mitre*, o en obras como *El General Urquiza y la Organización Nacional* de Juan A. González Calderón (Buenos Aires, 1940) y *Del sitio de Buenos Aires al campo de Cepeda* de Ramón J. Cárcano, Buenos Aires, 1921).

Contrariamente a lo sostenido por el autor, creemos que la bibliografía moderna sobre el periodo no es escasa. Precisamente, una de las publicaciones más divulgadas, la *Historia de la Nación Argentina* editada por la Academia Nacional de la Historia, le dedica un tomo completo.

La monografía abarca una década trascendente de la historia argentina, la que va de Caseros a Pavón. Señala agudamente Scobie la división del país después del movimiento rebelde del 11 de setiembre de 1852 y la puja por el poder entre los dos sectores. Destaca la influencia del factor económico y la victoria porteña sobre la pobreza de las provincias.

Aunque en la página 38 el autor afirma que *justificar a los dirigentes porteños no es asunto de nuestra incumbencia, parecería sin embargo ser ese su principal propósito. En efecto, fácil es advertir su enemiga contra Urquiza, a quien atribuye casi siempre mezquinas finalidades y cuyos aciertos subestima. Con dicho afán hasta asienta inexactitudes, cual entre otras, negar que se presentara el texto de la Constitución nacional al gobierno de Buenos Aires.* (p. 88).

Sorprende además el simplismo de ciertos juicios acerca de actos abominables. Por ejemplo, en el caso de la traición del almirante Coe. Se sabe que este marino vendió al enemigo por una fuerte suma de dinero las naves que la Confederación Argentina le confiara para defender sus derechos. Scobie explica

el suceso así: *El comodoro y sus oficiales entregaron sus navíos al gobierno de Buenos Aires a cambio de sus sueldos atrasados y de una hermosa recompensa en efectivo* (p. 89).

O, en el de las matanzas de Villamayor. Ocurrió sencillamente que ... *el grupo de Costa, incluso su comandante, fue virtualmente borrado del mapa* (p. 150). Sobre la hecatombe de Quinteros, de tan doloroso cuan pro-

longado eco entre los orientales aún hasta en nuestros días, se expide sarcásticamente. *Para disuadir a la gente de seguir haciendo revoluciones, César Díaz y sus oficiales fueron ejecutados en el campo de batalla* (p. 193). En cuanto al asesinato del gobernador de San Juan, José A. Virasoro, lo reduce a una cuestión académica (p. 310).

Beatriz Bosch

Qué es la Historia, por JORGE LUIS CASSANI y ANTONIO J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI [Buenos Aires], Perrot, 1964. 54 p.

En un breve opúsculo los autores, catedráticos de las universidades de Buenos Aires y del Litoral, plantean una cuestión harto compleja, la de definir el contenido de la Historia como ciencia. Exponen primero qué se ha entendido por Historia deteniéndose en las consideraciones de Vico, Bernheim, Burckhardt, Dilthey, Meyer, Huizinga, Lucien Febvre, Marc Bloch, Benedetto Croce, Michael B. Oakeshott y Robin G. Collingwood. Determinan luego la categoría del pensamiento histórico, la índole de la realidad histórica y sus manifestaciones. Confirman el carácter científico de la disciplina y concluyen *en que la Histo-*

ria es la recreación intelectual presente de un pasado específicamente humano, lograda mediante una minuciosa pesquisa de acciones a partir de pruebas testimoniales y coronada con la exposición congruente de sus resultados.

Se trata de un dilucidamiento agudo de uno de los temas principales de la teoría de la Historia verificado por dos estudiosos argentinos, que nos aportan a la vez, enfoques y apreciaciones de un completo elenco de autoridades extranjeras en la materia.

Beatriz Bosch

Vida entre los Patagones, por GEORGES CHAWORTH MUSTERS. Traducción del inglés por Arturo Costa Alvarez. Estudio preliminar y notas por Raúl Rey Balmaceda. Buenos Aires, Solar-Hachette [1964]. 437 p. 4 láminas. 2 mapas.

La obra de G. Ch. Musters ofrecida a nuestro público por la colección El Pasado Argentino, que dirige con reconocido acierto Gregorio Weinberg en la librería Hachette, fue en su época de importancia fundamental para el conocimiento de una vasta zona geográfica. Apareció en Londres en 1871 y ya en su idioma original sirvió de guía a cuantos se internaron desde entonces por la

Patagonia. Se publica ahora en pulida y ágil versión castellana, enriqueciéndose el volumen con eruditas notas y un excelente estudio preliminar de Raúl Rey Balmaceda.

La empresa del audaz explorador británico, (aunque nacido en Nápoles en 1841), representa el más largo viaje a través de la Patagonia realizado hasta 1869. De extraordinario riesgo, además,

por cumplirse sobre un territorio desierto o sólo habitado en parte por indígenas poco dispuestos a entrar en contacto con el blanco. Debíó amoldarse a sus costumbres y vivir con ellos, movido por un interés puramente deportivo, al parecer. La distancia recorrida en un año abarcó 2.750 kilómetros.

Rey Balmaceda señala la riqueza y amplitud temática del contenido del libro. Etnógrafos, geógrafos, historiadores, zoólogos, lingüistas, geólogos, etc. han podido abreviar con provecho en sus páginas. Al calificarlo como *uno de los más exquisitos libros de viaje*, manifiesta también que es un hito en la historia del conocimiento geográfico del sector meridional de nuestro país.

Los viajes de Darwin entusiasmaron a Musters. En abril de 1869, estando en las islas Malvinas se decide a cruzar hasta el estrecho de Magallanes. De Punta Arenas pasa a Río Gallegos y Santa Cruz. De allá a Chubut, Neuquén y Río Negro. Con gran minuciosidad describe las diversas etapas del itinerario, el encuentro con los naturales, sus costumbres y creencias, la vida entre ellos, la fauna de las regiones atravesadas, etc.

Se trata de acopio formidable de noticias presentadas de manera atrayente y amena que provocarán, sin duda, fino goce intelectual entre especialistas y el gran público inclinado a este singular género de obras.

Beatriz Bosch

Límite de clase, por ABELARDO ARIAS, Buenos Aires, Editorial Sudamericana (Colección Grandes Novelistas) 1964.

Sobre teoría de la novela se ha escrito, en todas partes, como para formar decenas de volúmenes. Es explicable en un género proteico por excelencia y que escapa a toda limitación de planes y procedimientos. Serían ahora superfluas mayores consideraciones al respecto. Empero es oportuno anotar que la concepción de la novela, en especial durante los últimos tiempos, ha evolucionado marcadamente. Así, si hasta la posguerra del catorce el signo esencial lo constituía la narración de una historia, lo narrado fue luego cediendo paso a la presencia dinámica de los personajes y su mundo.

Hay más. Tómese una novela de ayer y se hallará como dominante una extensa y previa descripción preparatoria de los acontecimientos donde el autor es el relator - espectador del suceso o la escena que describe con el característico empleo del tiempo pasado, el imperfecto del indicativo. Hoy el espectador se ha convertido en actor, el autor se halla presente en el relato de una historia que se está haciendo a medida que escribe, y por tal en presente.

Por eso se ha dicho con certeza que en la actualidad es la novela quien guía al novelista, quien le dicta su tema y su relato, y como consecuencia no puede existir el antiguo plan preestablecido de desarrollo.

Los rasgos señalados, que separan tajantemente la novela del pasado y de hoy, han movido a muchos —los que simpatizan por razones de generación o gusto con las normas superadas— a desconocer como novelas las expresiones literarias del presente que responden a tales notas. Por supuesto echan de menos la anécdota y se percatan de que las expresiones contemporáneas participan, como lo afirma Boisdeffre, en la elaboración de una literatura llevada a un alto grado de abstracción que ofrece muy poco asidero a la sensibilidad humana del lector. Ocurre aquí algo semejante —lo que prueba de paso, una vez más, las correlaciones en el arte— a lo que sucede con las artes plásticas y aún con las formas musicales de hoy. Existe por ejemplo un numeroso concurso de personas que rechaza las manifestaciones abstractas e informalistas de la pintura.

ra porque, habituadas al arte que se expresa por medio de la imagen naturalista —quieren ver retratos, paisajes o bodegones y por cierto a la perspectiva clásica— cierran los ojos a cualquier otro planteo.

Desde luego que frente a tales salidas quedan perfectamente diferenciados el novelista popular que persigue la masa lectora común y el éxito inmediato, y el otro, el auténtico, el que finca más alto su ideal estético y por tanto se recuesta más en el porvenir que en el presente. Los artifices de la llamada *nueva novela*, que ya no lo es tanto, son ilustrativos para el caso.

Ahora bien, y así como en pintura hay en la actualidad una tendencia, ya manifiesta en ciertos sectores, de un retorno a la figuración bien que, por supuesto, no a la de ayer, la novela de estos días está mirando no a formas pasadas pero sí a liberarse de la presión de esa *nueva novela* que al parecer dio ya sus frutos más legítimos y aún sigue brindando los más tardíos. Así los jóvenes novelistas franceses del grupo denominado *Tel Quel* varios de los cuales estuvieron un tiempo fuertemente influidos por Robbe-Grillet, en un coloquio realizado el año anterior en Cerisy fijaron sus serias discrepancias con la concepción novelística de sus anteriores maestros. Aunque sin llegar al desconocimiento, ni siquiera a disminuir una respetuosa admiración hacia aquellos, plantearon nuevas rutas inclinándose, entre otras orientaciones, por el juego de las analogías y la rehabilitación metafórica opuestas al positivismo de la *nueva novela*.

Las precedentes manifestaciones, que lejos de limitarse a tendencias de la novela francesa se reflejan, guardadas las correspondientes características particulares, en la literatura mundial, conviene tenerlas en cuenta al encargar la novelística de Abelardo Arias tanto en su producción anterior cuanto en su reciente *Límite de Clase*.

El autor de *Alamos Talaños*, pero sobre todo de *El Gran Cobarde*, magistral retrato de un pobre espíritu condenado

de antemano por la vida, personaje que puede figurar sin desmedro entre los más destacados tipos de la literatura universal y aguarda todavía al director cinematográfico de acá o de allá capaz de llevarlo al celuloide que lo está reclamando, nos presenta en *Límite de Clase* otra dimensión de su novela. Es bueno señalarlo desde el principio para evitar posibles extrañezas en algunos lectores aficionados a la manera expresada por el autor en anteriores producciones.

En *El Gran Cobarde* el solitario que va a morir, voluntaria y hasta lógicamente, recorre con minuciosidad, desde su cubil de una biblioteca pública, el camino de su vida. Todo gira ahí alrededor de Horacio, quien se constituye, al fin, en el grande, verdadero y casi único personaje. *Límite de Clase*, por lo contrario, configura un vasto fresco representativo de sectores espirituales y sociales distintos entre sí, que van dejando la huella de su paso en las diversas clases del pasaje de una nave que realiza un viaje entre Buenos Aires y El Havre con sus escalas, en el campo del espacio, pero con penetración en otras tierras cercanas o alejadas del itinerario en el dominio del tiempo.

En esta novela el drama se enhebra en derredor de un hecho real según lo ha advertido el autor en declaraciones a la prensa: el suicidio inexplicable de una acaudalada joven pasajera de cierto trasatlántico al cruzar la línea ecuatorial en marcha de Buenos Aires a Europa. El relato novelesco nos dice de una mujer, Lilian Morgenstelle y su hija Amrei, aún adolescente, en persecución de un mismo objetivo amoroso encarnado en Joaquín. Pero la hija no puede soportar una mentirosa insinuación de la madre que defiende perversamente su pasión atribuyendo a ese hombre la paternidad de la muchacha, y Amrei, al cruzar la línea, se arrojará al mar.

Numeroso conjunto de personajes —clave algunos de ellos— hace coro a la tragedia aportando varios de ellos interesantísima singularidad. Desde la fe más genuina a las más oscuras manifes-

taciones del sexo, desde las vanidades que rodean la ambición intelectual y artística a la caterva de mezquinas preocupaciones políticas, desde la reflexión más serena a la frivolidad más increíble, desde la generosidad al egoísmo, desde el poder a la humildad, desde la frigidéz a la exaltación, todo ello es parte en la oscura trama que se teje en torno del suicidio en forma de presencia activa del mal.

Queda insinuado de tal manera que la significación de la novela se centra en las reacciones de los personajes. Y para lanzarlos en su libre agitarse nada mejor que elegirlos de entre esa marea ignota que pisa un barco para realizar una travesía más o menos prolongada. ¿Por qué? El autor mismo, en las mentadas declaraciones, lo ha manifestado: *Elegí un barco en viaje a Europa porque la mayoría de las personas en cuanto pisa la cubierta de un navío parece liberarse de ataduras, prejuicios o normas. Se muestra tal cual es o quisiera ser cuando se libera de la presión o vigilancia del ambiente. Esto sucede con todos los pueblos del mundo, pero alcanza un grado muy particular con el argentino y con los nórdicos y sajones en su relación con los países latinos del Mediterráneo.*

No cabe duda. El juez en su estrado, la dama en su salón, el político en su tribuna, el muchacho en la exhibición atlética, cumplen, quiera que no, sus respectivas funciones provistos de una disposición psicológica particular conferida por el cargo o el oficio. No es que se trate de ninguna actitud hipócrita sino de adaptación a exigencias del medio, tal vez imprescindibles al cumplimiento del papel asignado. Ahora bien, ese velo resulta dificultoso atravesarlo aún a la más fina sagacidad del observador, en este caso el novelista, para adentrarse en la verdad del personaje. Ubicados, por lo contrario, en un ambiente donde no actúan en tales desempeños, esos hombres o esas mujeres, bajo el denominador común de una clase de pasaje o más ampliamente de los peligros siempre latentes de una travesía, se desnudan de su

habitual atuendo y el narrador puede retratarlos con toda esa verdad que exundan los personajes de *Límite de Clase*.

Y así, envueltos en su verdad, pasan la apasionante figura de Amrei y la sombra de Lilian, la de Xavier abroquelada en su fe elemental, la de Lucio en su maquiavelismo sin grandeza, la de Nicole con su interior vacío, la de Suárez Varela con su vanagloria, la de Henrich prontamente maculada por el pasaje distinguido. Y así los de segundo plano, también cada uno de ellos con su cuota de vida a confesar. Eso sí, todos ricos de humanidad, de una humanidad tal que tras su paso nos queda la impresión de haber sido testigos los propios lectores de su presencia y aventura. Si hemos de señalar estelas creemos acabadamente logrados los enfoques de Amrei cuando inicia los pasos previos a su fin, la reacción miserable de Nicole parodiando la muerte de su rival con la de su cuzquillo, el bello fragmento de capítulo que se inicia con el lego Xavier mirando, ya casi en destino, la bahía de Vigo. La enumeración detallada de valoraciones por el estilo rebasaría los alcances de estos apuntamientos.

Nos hallamos, indiscutiblemente, ante un edificio novelesco de alta y sustanciosa composición. Pluralidad de intriga, generosidad de tipos humanos atrayentes, riqueza de incidencias diestramente subordinadas. Podría aplicarse a *Límite de Clase* el concepto de Jean Hytier acerca de la verdadera novela cuando expresa que hay en ella, una vez concluida su lectura, en el recuerdo que nos dejan la disposición de conjunto, las proporciones, la variedad y armonía de las partes, y la grandeza de las perspectivas, el sentimiento de una maestría sin la cual no hay arte completo.

Desde luego, y la afirmación va siendo ya antigua, no pueden separarse contenido y expresión. A un trazado novelesco exento, por suerte, de la cerrazón difícilmente vulnerable de los modelos del *nouveau roman*, la expresión de Arias es escueta, precisa y clara. Entre los que estiman que la lengua sólo es conducto para expresar, bien o mal, ideas

o sentimientos y aquéllos para quienes estilo vale tanto como contenido, el autor de *Límite de Clase* ha optado por un ajustado término medio que para nosotros, siguiendo a estetas autorizados, es el auténtico estilo, ese que se hace olvidar y mientras tanto obtiene la fusión total de la idea en la expresión.

Denso análisis de un sector de la humanidad, análisis ribeteado de poesía de la que careció la novela anterior ya naturalista, ya objetivista; a este *Límite de Clase* no podría accederse ni persiguiendo exclusivamente la anécdota ni buscando únicamente el mensaje. No está escrita para recreo ni menos para edificación. Lo está para perfilar una épo-

ca, anatomizar un mundo y meditar sobre ellos. Derivarla a la narración de una historia o a la lección moral sería falsear la razón de esta novela y la razón del propio género. La fe, la aventura, el egoísmo, la carga erótica que recubren sus páginas llevan un sentido de trascendencia. Por eso la obra es del dominio del lector capaz de captarla. Para los demás la lectura sería contraproducente.

Límite de Clase ha sido publicado por Sudamericana con la invariable pulcritud y buen gusto que caracterizan ese sello editorial.

Eduardo A. Dughera

RESEÑAS INFORMATIVAS

Comentarios a páginas olvidadas de Marcos Sastre. Su labor periodístico pedagógica en el Uruguay (1830-1832), por JOSÉ JOAQUÍN FIGUEIRA. Montevideo, *Imprenta Nacional*, 1964. 254 p.

El autor transcribe *in extenso* los primeros artículos publicados por Marcos Sastre en la prensa uruguaya, identificando a los que aparecieron sin su nombre. Agrega notas aclaratorias y biblio-

gráficas. Tratan aquéllos temas pedagógicos. Acompaña numerosas reproducciones facsimilares de documentos y de portadas de raros folletos y otras ilustraciones.

El cabo segundo Antonio Ruiz (a) Falucho, por MARCOS ESTRADA. Buenos Aires, 1964. 38 p. 1 lámina.

Ameno esbozo biográfico de la popularizada figura del negro Falucho.

Qué es la empresa actual, por JORGE NOBILE. Buenos Aires, Columba (Colección Esquemas, 61), 1964. 58 p.

Estudioso de los problemas económicos, el autor, que también escribe novelas y cuentos, mereció uno de los premios accesit del concurso DÉCIMO ANIVERSARIO de la colección Esquemas con este ensayo, en el que analiza diversos

aspectos de la empresa a través de los siguientes capítulos: 1 *La realidad económica de la empresa*; 2 *Los factores de producción*; 3 *Los vínculos de la realidad económica de la empresa*; 5 *La ciencia*; 6 *Conclusión*.

Medio año de convulsiones en el Virreinato del Río de la Plata, por
MARCOS ESTRADA. Buenos Aires, Cajica S. A., 1964. 76 p.

Este breve pero documentado ensayo es una importante contribución al esclarecimiento de un período agitado de nuestra historia, con referencia a la misión Sassenay al Río de la Plata, a la

Defensa de Buenos Aires y al complot de Alzaga. Diversos documentos de la época se agregan en el Apéndice y se incluye también una extensa bibliografía.

Jornadas interuniversitarias sobre enseñanza media. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1964. 121 p.

Contiene este volumen, editado con lamentable retraso, el material referido a las jornadas que sobre enseñanza media universitaria se realizaron en Bahía Blanca del 6 al 12 de noviembre de 1960, organizadas por la Comisión Interuni-

versitaria Permanente Coordinadora de la Enseñanza Media. Además de los discursos pronunciados en el acto inaugural y en el de clausura, se incluye las recomendaciones y declaraciones aprobadas en la oportunidad.

Libertad, temporalidad y transferencia en el psicoanálisis existencial,
por LUIS MARTÍN SANTOS. Barcelona, Seix Barral, 1964. 204 p.

En esta obra, el autor, prestigioso psiquiatra español desaparecido en los primeros días de 1964, se interesa por describir los hechos que ocurren a lo largo de una cura psicoanalítica cuando el psicoanalista no está únicamente atento a los aspectos freudianos del proceso dinámico en ella implicado, sino también

a los aspectos existenciales del mismo. El tema es desarrollado en cuatro capítulos: *La presencia de la libertad en la cura psicoanalítica*, *La temporalidad de la cura psicoanalítica*, *La dinámica existencial de la transferencia* y *La psicoterapia considerada como un proceso dialéctico*.

Julio A. Mella. Documentos para su vida. COMISIÓN NACIONAL CUBANA DE LA UNESCO. La Habana, 1964. 144 p.

En 1923 se realizó en La Habana el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, el que significó un acto trascendente en la lucha revolucionaria de la juventud cubana. Julio Antonio Mella lo concibió y lo presidió.

Este volumen, prologado por Raúl Roa, reúne un conjunto de documentos que ilustran claramente sobre los alcances y proyección del referido congreso.

Derecho, libertad y justicia, por FRANCISCO BLASCO y FERNÁNDEZ DE MOREDA. Santa Fe, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1964. 63 p.

Contiene este pequeño volumen editado por el Departamento de Extensión Universitaria de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de nuestra Universidad, el texto de la disertación que pronunció el destacado penalista español en esta casa de estudios en 1963.

En el prólogo, el profesor Manuel de Rivacoba y Rivacoba se refiere a la personalidad del autor y expresa que con esta publicación se ofrece al estudioso un muy útil instrumento de información y meditación.

La República Moderna, por R. L. BRUCKBERGER. Ed. Pleamar. Bs. Aires. 1964. 284 p.

La República Moderna se titula en el original inglés *Imagen de América*. Pero esta América es los Estados Unidos, cuya imagen configura el concepto de república moderna tomado a manera de ejemplo, tanto como de ideal. Bruckberger, escritor francés, narra en este volumen la historia de los Estados Unidos; pero no se trata de una mera narración, sino de una filosofía al margen de la historia norteamericana. Al autor le importa más ser un intérprete

de la historia que un cronista de los acontecimientos que dieron origen a la nación estadounidense. El volumen se divide en dos partes: la una va referida a lo que puede llamarse el proceso político de la independencia; la segunda a lo que el autor llama *Revolución industrial y social*. Sin duda, que el enfoque de esta segunda parte es el más original, el más agudo y, al mismo tiempo, el más teñido de vivaz espíritu polémico.

